



el motel de los fantasmas

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

EL MOTEL DE LOS FANTASMAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 473

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 12.216 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: mayo, 1971

© KEITH LUGER 1971
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.219. — Una sogá para un forastero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.079. — La novia se manchó de sangre.

En Colección BÚFALO:

915. — La historia de Rocky Guitarra.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

667. — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

514. — Plomo para un entrometido.

En Colección PUNTO ROJO:

469. — La dama no quiere morir.

En Colección CALIFORNIA:

725. — La historia de Buby el Llorón.

En Colección ASES DEL OESTE:

575. — Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:

610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

72. — Un tipo vivo.

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

21. — La caza de un forajido.

CAPÍTULO PRIMERO

Elke Faney tuvo que disminuir mucho la velocidad. Estuvo a punto de despistarse en una curva. El coche patinó, pero logró enderezarlo mientras Elke pegaba un grito de terror.

Tenía puesta la radio. En aquel momento un locutor anunció que la borrasca tenía su epicentro entre San Bernardino, y Los Ángeles y que el temporal de aguas iría en aumento. Se habían recogido doscientos litros por metro cuadrado en el aeropuerto de Los Ángeles y doscientos noventa en San Bernardino.

Elke iba camino de Hollywood, donde había sido citada por su agente, Nathan Wyler, que le había conseguido una prueba cinematográfica en unos estudios que trabajaban para la televisión. Era su oportunidad, la que tanto había esperado durante tres largos años.

Eran las ocho de la noche. Decidió hacer un alto en un motel. A la mañana siguiente, muy temprano, seguiría el camino a la meca del cine. Después de todo, sólo se encontraba a unas sesenta millas de Los Ángeles.

La carretera en algunos puntos se había convertido en un inmenso lago.

De pronto, los faros del coche alumbraron un cartel a corta distancia. En él se anunciaba:

«Motel de San Jacinto, a dos millas camino a la derecha».

Hizo aquellas dos millas muy despacio y por fin vio la otra indicación que anunciaba el camino al motel.

Hizo girar el volante y tomó aquel camino que estaba lleno de baches, ahora cubiertos de agua. Tuvo miedo de que las ruedas se hundiesen en uno de los agujeros y que el coche se quedase allí,

pero logró salvar todos los obstáculos.

Se encontró de improviso ante el motel.

Era una casa enorme, de construcción muy antigua. A la derecha había una larga hilera de apartamentos, pero no existía separación entre unos y otros.

Una luz estaba encendida en la planta baja de la casa. Elke detuvo el coche y saltó a tierra.

La lluvia la azotó sin misericordia.

Corrió al porche. Subió tres peldaños y se detuvo dando un suspiro de alivio. La puerta de la casa estaba cerrada y pulsó un timbre.

Esperó unos segundos y al fin le abrieron la puerta.

Estuvo a punto de dar un grito al ver en el hueco a una mujer alta, de unos cincuenta años, de ojos redondos que la miraban fijamente.

—Buenas noches, señora.

—No creo que sean muy buenas.

—Oh, sí, tiene razón —forzó una sonrisa Elke—. Verá, voy camino de Hollywood, pero no puedo seguir adelante. Mi nombre es Elke Faney y quisiera pasar aquí la noche.

Aquella mujer se mojó los labios con la lengua mientras observaba atentamente a Elke. Ésta tenía veintitrés años y era bonita, de cabello rubio y ojos negros.

—Lo siento, señorita Faney, pero no puedo darle alojamiento.

—Oh, yo pensé que tendría algún apartamento libre.

—Todo está lleno.

Elke pensó que era su mala suerte. ¿O aquella señora la estaba engañando? ¿Cómo era posible que el motel estuviese lleno si no había visto ninguna luz en la hilera de apartamentos? Y no era hora de que todos los huéspedes durmiesen ya.

—Está bien —repuso sin embargo—, pero dígame dónde me puedo alojar.

—A unas veinte millas de aquí hay otro motel.

—Gracias.

De pronto se oyó una voz:

—Madre.

—¿Qué pasa?

Elke vio aparecer al lado de la mujer a un hombre de unos

treinta años, un poco más alto que ella. Era moreno, rostro de facciones varoniles, muy guapo, de ojos azules.

—Buenas noches, señorita.

—Hola —saludó Elke.

—¿Busca alojamiento?

—Sí, señor.

—Soy James Copper y ha llegado al mejor sitio. La madre repuso:

—No, James, ya le he dicho a la señorita Faney que no tenemos apartamentos.

—Te equivocas, madre. Hay uno. Justamente se desocupó esta tarde. Tú no lo puedes saber porque el huésped se marchó cuando estabas en la ciudad. Es el apartamento número 4 —sonrió a la joven—. ¿Lo ve, señorita Faney? Todo se arregló para usted.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Viajar, según está la noche, es horrible.

—Me hago cargo.

La mujer no había despegado los labios, pero Elke tuvo la impresión de que a la señora Copper no le sentaba bien que ella se quedase allí. ¿Era ése el motivo de que le hubiese dicho que estaba el motel ocupado?

Por fin la señora Copper habló:

—Pase para inscribirse.

La mujer fue a la recepción.

—Mi nombre es Sara Copper —prosiguió—. No tenemos restaurante, de modo que tendrá que servirse usted misma.

—No se preocupe. No tengo apetito por esta noche y me marcharé mañana, en cuanto amanezca.

—¿Dónde vive, señorita Faney? —preguntó James Copper.

—En Palm Springs. Soy cajera de un club nocturno.

—¿Quizá cambió de patrón?

—Oh, no, todavía no. Voy a Hollywood para que me hagan unas pruebas cinematográficas.

—Caramba, se va a convertir en estrella.

—No corra tanto, señor Copper. Sólo es un comienzo. Si fracaso, tendré que continuar siendo una cajera.

La señora Copper abrió el libro del registro y entregó un bolígrafo a Elke.

—Puede inscribirse.

Elke rellenó el cuestionario. Cuando hubo terminado, dijo:

—¿Cuánto le debo?

—Tres dólares.

Elke pagó los tres dólares.

James Copper ya había descolgado una llave del cuadro que había sobre la pared.

—Aquí tiene la llave de su cuarto.

—Gracias.

—Pero yo la acompañaré para llevarle el equipaje.

—No se moleste. Puedo hacerlo yo sola.

—Oh, no es ninguna molestia, señorita Faney.

—Como usted quiera.

La señora Copper seguía muy seria, tras el registro, y cuando iba a salir su hijo dijo:

—Ponte el impermeable, James.

—Sí, madre.

James descolgó el impermeable de un perchero, pero se lo alargó a Elke.

—Póngaselo usted, señorita.

—Oh, no me hace falta.

La joven salió y James Copper, después de ponerse el impermeable, fue detrás de ella. Subieron al coche y Elke puso en marcha el motor.

Se dirigieron hacia la hilera de apartamentos.

—Aquí es —dijo James.

Sólo habían corrido unos treinta metros.

—Espere a que le abra la cochera —dijo James—. Deme la llave. Elke le dio la llave y James saltó.

La lluvia caía ahora más fuerte que antes.

James abrió la cochera y le hizo una señal a Elke con el brazo. Una vez en la cochera, Elke saltó del vehículo.

—Caramba que nochecita. Como para cometer un crimen —al instante se arrepintió de haber dicho aquello.

James Copper la estaba mirando con los ojos fijos.

—Sólo traigo una maleta —dijo Elke rompiendo aquel silencio. Abrió el portaequipajes y James le quitó la maleta de la mano.

—Déjemela.

Salieron de la cochera.

—Corra, señorita Faney.

Ella corrió pero no pudo impedir que le cayese otra vez el agua encima. James abrió la puerta del apartamento y encendió la luz.

El *living* no era muy grande. Había una chimenea con un leño que estaba apagado.

—Ahora mismo enciendo la chimenea para que se caliente la habitación. Está muy fría.

—Es una buena idea. ¿Hay agua caliente?

—Desde luego.

—Entonces tomaré un baño para entrar en calor.

James Copper encendió el leño de la chimenea y se volvió sonriente.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señorita Faney?

—Nada, señor Copper, y le agradezco mucho que me haya acompañado.

—No hay por qué. Aquí no hay televisor. Lo tenemos en casa. Si se aburre, venga luego por allí.

—Perdone, pero tengo mucho sueño. Ya sabe, estoy un poco nerviosa por la prueba cinematográfica.

—La comprendo. Si no la veo, buena suerte.

—Gracias, señor Copper.

James Copper salió del apartamento.

Al encontrarse a solas, Elke exhaló el aire de sus pulmones. Bueno, ¿qué más podía desear? Estaba a resguardo en una noche como aquélla. Era mucho mejor que encontrarse en la carretera. El dormitorio tampoco era grande y a la izquierda estaba el cuarto de baño.

Probó el agua caliente. Funcionaba.

Se desvistió y poco después estaba bajo la ducha. Era reconfortante sentir en su piel el agua que la calentaba. El frío se le había metido hasta los huesos.

De pronto oyó una música. Era un tango.

No, no podía ser el televisor porque James le había dicho que allí no había televisor. Pero estaba casi segura de que la música sonaba en el *living*.

Salió del baño y se cubrió con un albornoz. Tomó una toalla y la enrolló en la cabeza.

Pasó al dormitorio. La música fue más clara. Estaba segura de que procedía del *living*, y empezó a asustarse.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta. La terminó de abrir.

La música sonaba allí porque allí estaba el aparato que la emitía.

Era un gramófono muy viejo, con una enorme bocina, y el disco estaba dando vueltas. No vio a nadie al pronto. Pero era evidente que alguien había entrado en el *living* para poner en marcha el gramófono. Se preguntó si el gramófono estaba en el *living* cuando ella entró. No se había percatado de él, pero quizá no lo había visto porque se encontraba en un rincón.

De pronto descubrió humo. Sí, humo de un cigarrillo que brotaba de un sillón que estaba de espaldas a ella. Alguien estaba sentado en el sillón.

—¿Señor Copper?

No le contestó nadie. Pero el humo seguía ascendiendo, y de pronto vio una mano que sujetaba una boquilla, en la que estaba el cigarrillo que humeaba.

—Oiga —dijo Elke—, ¿quién es usted? Tampoco le contestaron.

Elke empezó a andar en círculo hacia el sillón, manteniéndose lo bastante alejada para no estar demasiado cerca del hombre que se encontraba allí.

Por fin lo descubrió, y sintió que la sangre se le helaba en las venas porque, sentado en el sillón, había un hombre que era exactamente como aquel actor del cine mudo y que había muerto decenas de años atrás, mucho antes de que ella naciese. Un actor que se llamó Rodolfo Valentino.

CAPÍTULO III

Elke Faney era una apasionada del cine. Sabía casi todo lo que se refería a los artistas más famosos. Había comprado historias del cine y biografías de los más brillantes astros que había tenido Hollywood, y uno de los que más habían brillado era Rodolfo Valentino, el gran amante de la pantalla. Millones de mujeres de todo el mundo se habían enamorado de aquel hombre. Miles de mujeres le habían acompañado hasta su última morada y, todavía hoy, había alguna mujer que dejaba flores en su tumba, en el aniversario de su muerte. Estaba muerto, bien muerto, y sin embargo, el hombre que se encontraba sentado en el sillón era exactamente como el Rodolfo Valentino que ella había visto en las películas mudas de aquel actor, que alguna vez proyectaban en la televisión o que veía a menudo en las fotografías. Y él seguía fumando, y la miraba a través de la nube de humo que expulsaba por sus labios.

—¿Quién es usted? —dijo ella con voz temblorosa.

—¿No me conoce?

—No.

—¿Cómo que no?

—No sabía que en el motel se celebrase un baile de máscaras.

—¿Un baile de máscaras? No, que yo sepa, en este motel no se celebra ningún baile de máscaras.

—Oiga, quienquiera que sea usted, debo felicitarle por su disfraz, pero ahora le ruego que se marche.

—¿Disfraz...? ¿Ha dicho disfraz?

—Sí, señor...

—Valentino.

—¿Cómo?

—Mi nombre es Rodolfo Valentino.

—Señor como se llame, siento decirle que su broma es de muy

mal gusto.

—¿Broma? ¿Por qué dice broma?

El disco continuaba deslizándose, desparramando las notas del tango.

Aquel hombre se cubría con un *smoking*, pero era un *smoking* muy particular, de los años veintitantos y Elke sabía que aquel día era el 4 de marzo de 1971.

El hombre expulsó la punta de su cigarrillo de la boquilla, dejándola caer sobre el cenicero.

Luego guardó la boquilla, con mucha parsimonia, en una caja que sacó del bolsillo.

—Oiga, señor —dijo Elke—, estaba tomando un baño cuando usted me lo interrumpió.

¿Quiere hacer el favor de marcharse? Su interlocutor se levantó.

—Señorita, me marcharé con una condición.

—¿Cuál?

—La de que baile conmigo el tango.

—¿Está loco?

—No me diga eso. No lo diga, señorita —los ojos del hombre brillaron ferozmente.

Elke tragó saliva. Tenía que huir cuanto antes.

No lo pensó dos veces. Corrió hacia la salida, pero el desconocido corrió más que ella. Cuando Elke iba a abrir la puerta, el desconocido sé le echó encima y la cerró.

—¿Qué iba a hacer, señorita?

—Este apartamento lo alquilé yo. Se supone que no iba a tener compañía.

—No se da cuenta de nada, señorita. Debería estar orgullosa.

—¿Orgullosa por qué?

—¿Cómo por qué? Rodolfo Valentino está con usted. ¿Lo entiende? Soy el hombre más amado del mundo. Hay millones de mujeres de las que podría disponer. A puñados si se me antojase. Sin embargo, aquí me tiene, con una sola mujer. ¡Y ésa es usted! ¿Y qué es lo que hace? Usted me desprecia. ¡Está despreciando a Rodolfo Valentino, al Supremo Amante! ¿O es que me va a decir que no ha visto ninguna de mis películas?

—Sí, he visto algunas.

—¿Cuáles?

Elke hizo un esfuerzo de memoria.

—*Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

—Oh, sí, ésa fue la que me encumbró. Gran papel el mío, ¿eh?

—Sí, señor Valentino, lo hizo usted muy bien.

—¿Muy bien? ¿Es que no leyó las críticas? Hice un papel sensacional. La mejor interpretación masculina del cine desde que se inventó.

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué más ha visto de mí?

—*Sangre y arena*... Eso es. *Sangre y arena*. Usted hacía de torero.

—¿Y qué tal le parecí?

—Algo increíble. Extraordinario. Sí, señor Valentino, estuvo usted extraordinario. El hombre dio un paso adelante y Elke retrocedió.

Elke se dio cuenta de que ya no se oía el tango. Si conseguía que el hombre fuese hasta el gramófono y lo pusiese otra vez en marcha, tendría otra oportunidad para escapar, y ésta la aprovecharía bien.

—Señor Valentino, el disco acabó. Me gusta mucho el tango. ¿Quiere volverlo a poner?

—¿Le gusta de verdad el tango?

—Oh, sí, no sabe usted cuánto.

—¿Sabe que yo bailaba el tango con mi mujer? La gente se volvía loca con nosotros.

¿Conoció usted a mi mujer?

Elke se mordió el labio inferior. Rodolfo Valentino se había casado dos veces, o tres. No sabía cuántas. ¿A qué mujer se referiría?

Por fortuna, el hombre estaba sonriendo mirando un punto indeterminado de la pared, como si estuviese recordando tiempos pasados.

—Sí, señorita. Natacha y yo bailábamos el tango y los espectadores pagaban la entrada. Los locales se llenaban a rebosar y la entrada costaba cinco dólares. Imagínese, cinco dólares por una entrada para ver bailar el tango al gran Rodolfo Valentino con su esposa Natacha.

—Debió ser sensacional.

—¿Que si era sensacional? Señorita, aquello fue algo único. Algo que no ha vuelto a pasar en Hollywood. Han intentado arrebatarme el primer puesto. Muchos han llegado a Hollywood con la estúpida pretensión de derrotarme, de vencerme, de arrojarme del primer puesto que ocupaba. Pero nadie lo ha conseguido, ¿lo entiende? ¡Nadie!

—Desde luego. Usted sigue siendo el primero.

—Me alegra oírla decir eso.

El hombre la observó de pies a cabeza.

—Usted no está nada mal.

—Pero no me puedo comparar con su mujer, con Natacha.

—¿Quién le ha dicho que no? Le voy a decir algo en secreto. Natacha me tiene hartó.

—¿Cómo?

—Estoy asqueado de ella. Natacha me roba el papel.

Elke creyó estar viviendo una pesadilla. Aquel hombre estaba loco, completamente loco. Rodolfo Valentino había muerto antes de que se iniciase la primera película del cine sonoro y allí estaba él, haciéndose pasar por Rodolfo Valentino, aunque debía reconocer que, quienquiera que fuese, había adoptado un disfraz perfecto porque era como si el mismísimo Rodolfo Valentino hubiese salido de la tumba.

Tal pensamiento la hizo estremecer de nuevo.

—Ponga el disco, señorita. Todavía no sé su nombre.

—Elke Faney. Pero no sé el manejo de ese viejo gramófono.

—Muy bien. Yo le enseñaré.

El la cogió por el brazo y la impulsó hacia el rincón donde estaba el antiguo gramófono.

—Primero se le da cuerda, señorita Faney.

La dejó libre para darle cuerda, y Elke pensó en echar a correr otra vez, pero la puerta estaba demasiado lejos y Rodolfo Valentino la volvería a alcanzar. Sí, ya lo llamaba Rodolfo Valentino porque no lo podía llamar de otra forma, ya que desconocía su verdadero nombre. Recordó a James Copper. Se le había ofrecido para que viese televisión en la casa. Ojalá hubiese aceptado, y le hubiera dicho que fuese a por ella.

—¿Lo ve, señorita Faney? Ya está puesto el disco. Ahora usted y yo bailaremos el tango.

Elke sintióse desfallecer cuando él la enlazó por la cintura.

Al principio ella dio unos pasos inseguros y él se detuvo bruscamente.

—Señorita Faney, ¿por qué baila tan mal?

—Perdone, pero es que ahora no se baila el tango, y me pilló un poco desentrenada.

—¿No sé baila ahora? Pero ¿qué está diciendo, señorita Faney? El tango se baila ahora, en 1925, lo mismo que hace dos años.

Elke sintió que la sangre se le helaba en las venas. Para aquel hombre estaba corriendo el año 1925 y no el año 1971.

—Señorita Faney, ponga un poco más de interés.

—Ya lo pongo.

—Veamos qué tal lo hace ahora. Pero recuerde una cosa muy importante. Hay millones de mujeres que darían años de su vida por encontrarse en su lugar, bailando con el gran Rodolfo Valentino.

Otra vez se pusieron a bailar y ella hizo todo lo posible por hacerlo mejor que antes. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que aquel tango acabase.

—Señorita Faney, ¿qué es lo que hace? ¿Por qué cierra los ojos?

—Es que me siento impresionada.

—Quiero que me siga mirando. Es lo que tiene que mirar. Mi cara. Esta cara con la que todas las mujeres sueñan.

—Sí, señor Valentino.

Pero en aquel momento terminó otra vez el tango y el hombre, haciendo un gesto de rabia, se dirigió hacia el gramófono.

Entonces Elke decidió correr.

—¡Deténgase! —gritó el hombre.

Ella continuó corriendo, pero aquel hombre iba ya detrás de ella.

—¡Socorro! —gritó Elke al saber que no podría escapar. El hombre la alcanzó esta vez antes de llegar a la puerta.

—¡Auxilio! —gritó Elke llena de pavor.

El hombre subió las manos al cuello de Elke y la apretó con fuerza.

Elke vio la cara crispada de él, los ojos desencajados, los labios temblorosos.

—¡Quería huir de mí...! ¡De Rodolfo Valentino...! ¡Del hombre que es amado por todas las mujeres del mundo...! ¡Pero usted no

me ama! ¡Usted no me quiere...! ¡Usted quería escapar de mi lado...!

Siguió apretando y apretando el cuello de la joven.

Y Elke Faney, que había querido ser actriz de cine, sintió que se moría y que, como gran sarcasmo, la estaba asesinando Rodolfo Valentino, el ídolo de las mujeres durante los felices veinte.

CAPÍTULO III

Nathan Wyler, el agente artístico de Hollywood, miró el cadáver que estaba en el cajón de la Morgue.

Hacía frío allí dentro y, sin embargo, Nathan tenía gotas de sudor en la frente.

Apartó la vista del cadáver y miró al teniente Richard Jordan, de la Brigada de Homicidios, que estaba al otro lado del cajón.

—Sí, teniente, es ella. Elke Faney.

—¿Sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas.

Los dos hombres salieron de la Morgue y, ya bajo el sol, en la puerta, Nathan sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la cara.

—Dios mío, morir estrangulada cuando ella tenía un futuro.

El teniente Jordan no hizo ningún comentario. Nathan Wyler guardó el pañuelo.

—¿Dónde la encontraron, teniente?

—En su auto, a unas treinta millas de Hollywood, en un barranco apartado de la carretera. Un cazador pasaba por allí y la vio. Según el forense, llevaba dos días muerta.

—¿Abusaron de Elke Faney?

—No.

—Entonces, ¿cuál fue el motivo del crimen?

—Desapareció su bolso. Por eso no la pudimos identificar.

—¿El móvil fue el robo?

—No lo sé.

—¿Quiere decir que no está seguro?

—En nuestra profesión nunca se está seguro de nada hasta dar con el culpable. Fueron hacia el estacionamiento y se detuvieron otra vez ante el coche de la policía. Nathan sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fuma, teniente?

—No, ahora no. Mi úlcera está protestando.

Nathan encendió su cigarrillo y el teniente preguntó:

—Hábleme de esa chica.

—Vino a mi oficina hace cosa de seis meses. Me dijo que era de San Luis. No tenía padres. Sólo una tía. Antes de salir de mi oficina revisé la ficha. Su tía se llama Edith Faney. Aquí tiene su dirección —le entregó un papel—. Elke estudió en el colegio en San Luis y trabajó en algunas compañías de aficionados hasta que fue elegida *Miss Primavera*. Tenía un novio pero riñó con él. Al parecer era muy celoso.

—¿Sabe el nombre del novio?

—No, no me lo dijo.

—Lo investigaremos. Continúe con su historia.

—Hay ya poco que contar. Elke Faney reunía condiciones. Era hermosa, simpática y sabía interpretar, aunque le faltaba mucho para ser una estrella. Pero eso se consigue con el tiempo. La incluí entre mis representadas a las que debía dedicar mi atención. Por fin le llegó el turno. Le conseguí la prueba y la llamé a Palm Springs.

—¿Y por qué ella fue a Palm Springs?

—Le dije que debía trabajar para que no se muriese de hambre. La prueba cinematográfica podría tardar mucho o poco. Yo no lo sabía.

—¿Quién le proporcionó el empleo?

—Leyó en los periódicos que en un club nocturno de Palm Springs se necesitaban empleadas, con unas determinadas dimensiones de busto, cintura y cadera. Elke daba las medidas y mandó su fotografía. Le contestaron admitiéndola enseguida. Empezó vendiendo cigarrillos pero, al cabo de unas semanas, quedó libre el cargo de cajera y la pusieron a ella en el puesto.

—Un ascenso rápido, ¿eh?

—Sí, eso me pareció a mí.

—Tendré que ir a Palm Springs.

El teniente Jordan llegó a Palm Springs aquella misma tarde. Ya sabía cuál era el club nocturno, La Caja de Oro. Al frente del negocio estaba un hombre alto y grueso llamado John Anderson.

No sabía nada de la muerte de Elke Faney. Cuando el teniente Jordan se lo dijo, el señor Anderson se tambaleó y tuvo que tomarse un comprimido con un trago de agua.

—Perdone, teniente. Es mi corazón. Sufrí una angina de pecho hace tres años y, desde entonces, tomo precauciones por consejo del médico.

—Le entiendo.

—¿Quién pudo hacer una cosa así con Elke Faney?

—Es lo que estoy investigando, señor Anderson.

—Es increíble. Absolutamente increíble.

—¿Qué tal se portaba Elke aquí?

—Maravillosamente. Por eso le di el puesto de cajera. Era una muchacha que sabía granjearse las simpatías de todos los que la trataban.

—¿Casado, señor Anderson?

—Sí.

—¿Feliz en su matrimonio?

—¿Adónde quiere ir a parar, teniente?

—Deje que sea yo quien haga las preguntas, señor Anderson. John Anderson sacudió la cabeza.

—Está bien, teniente. No soy feliz en mi matrimonio y me voy a divorciar.

—Y supongo que eso ocurrió antes de que Elke se fuese a Hollywood.

—Desde luego. Pero ella no tenía nada que ver con mi decisión de separarme de mi mujer.

—¿Se enamoró usted de Elke Faney?

—Ya le he dicho...

—Sí, me ha dicho que Elke no tenía nada que ver con su divorcio. Pero pudo enamorarse de Elke Faney y no pensar en casarse con ella. Hay personas que, cuando les va mal en el matrimonio, deciden no volverse a casar otra vez. ¿Para qué, si pueden conseguir lo mismo sin necesidad de obligarse?

—Ése no era mi caso y no sostuve ningún *flirt* con Elke Faney.

—¿Porque ella no quiso?

—Está bien, teniente. Sostenía relaciones amorosas con Elke. Podría haberlo negado. Pero prefiero decirle la verdad.

—Entonces a usted le debió sentar muy mal que ella fuese a hacer la prueba cinematográfica a Hollywood.

—Estaba dispuesto a aumentarle el sueldo si no se iba.

—Pero ella rechazó su oferta.

—La rechazó. Elke quería convertirse en una actriz de cine. Le dije que Hollywood era un mundo corrompido, una selva llena de animales feroces que la destrozaban. Pero no me hizo ningún caso.

—Y usted fue detrás de ella —dijo el teniente con suavidad.

—No, no fui.

—¿Puede probar que se quedó aquí?

—Puedo presentarle hasta veinte testigos. Ellos le dirán que no me moví de Palm Springs.

—Bien, usted pudo quedarse aquí. Pero quizá envió a alguien tras Elke.

—¿Cómo?

—Encargó a alguien que la vigilase.

—No.

Hubo un silencio.

John Anderson se había puesto nervioso.

—Sé lo que está pensando, teniente.

—¿Sí?

—Cree que yo contraté a un asesino profesional para que matase a Elke Faney.

—¿Lo hizo?

—No, teniente. No soy un asesino. Sólo soy un hombre de negocios.

—Que se enamoró de una de sus empleadas. De Elke Faney...

—Le voy a decir algo más, teniente. Pensé que Elke volvería. Que la prueba cinematográfica sería un fracaso.

—¿Por qué un fracaso? Estuve hablando con Nathan Wyler, el agente de Elke, y me dijo que tenía fundadas esperanzas en que Elke superaría la prueba y se convertiría en una estrella.

—Yo no opino como el señor Wyler. Elke era demasiado sincera. No enmascaraba sus sentimientos. No sabía disimular, y yo creo que eso es muy malo para una mujer que quiere ser actriz.

—Explíqueme eso.

—Elke no me correspondía, a pesar de que le proporcionaba mejores cosas que las que podía conseguir con su sueldo. Le hacía regalos con frecuencia y ella los aceptaba con mucho agrado... Sabía que lo mío con Elke podría durar un determinado período de tiempo. Podrían ser semanas o quizá meses. Tengo ya cuarenta y cinco años, teniente Jordan. No soy un chiquillo... Quería conservar

a Elke hasta que yo me cansase de ella. Ya ve que le estoy descubriendo todo lo que pensaba respecto a Elke, y ahora ella está muerta. Si yo me hubiera equivocado y Elke hubiese sido aceptada por ese estudio cinematográfico, me hubiese encogido de hombros y al cabo de unos días habría tenido a otra Elke. Hay muchas mujeres hermosas trabajando para mí. Y puedo elegir entre ellas.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil, teniente.

Richard Jordan le dio las gracias y se marchó de Palm Springs.

Antes de salir de Los Ángeles había pedido a la policía de San Luis que investigasen sobre el novio de Elke Faney y, al llegar a la comisaría, ya tenían el informe. El hombre de San Luis se llamaba Lee Wetelman y era un perito electrónico que trabajaba en la Standard Company. Ya estaba casado y esperando su primer hijo. Se había casado cinco meses después que Elke abandonó San Luis, con una muchacha que precisamente había sido amiga de Elke. No, *Lee* Wetelman no había abandonado San Luis desde que disfrutó su luna de miel en las Cataratas del Niágara. Se había sentido muy conmovido al saber la muerte de Elke Faney. Tampoco había nada que hacer por ese lado.

El teniente cambió impresiones con sus colaboradores en la investigación de aquel caso, pero nadie pudo proporcionar un dato que arrojase luz sobre el homicidio de Elke Faney.

Y el teniente Richard Jordan dijo:

—La tarde del día en que Elke Faney viajaba a Hollywood desde Palm Springs llovió torrencialmente. Ella pudo refugiarse en un motel. Vamos a visitar todos los moteles que hay de Hollywood hasta Palm Springs.

Pero esa investigación tampoco dio resultado. En ningún motel aparecía inscrita Elke Faney.

CAPÍTULO IV

—Nena, estoy loco por ti —dijo Robert Hanley.

—Todos los hombres decís lo mismo —contestó Miriam Lewis. Estaban en el auto de Robert Hanley.

El había sacado el vehículo de la carretera y lo había internado por un pinar.

Habían salido de Los Ángeles con un cielo azul. Tras comer en un restaurante del camino, al regreso, Hanley había decidido pasar al ataque.

El cielo se estaba encapotando de nubes negras que avanzaban desde el Pacífico. Robert se inclinó sobre Miriam y la besó en los labios.

Ella no hizo nada por colaborar en aquel beso. Se mantenía inmóvil en el asiento, la cabeza apoyada en el respaldo.

—¿Te casarás conmigo, Robert?

—Claro.

—¿Cuándo?

—Bueno, el matrimonio es algo que hay que pensar con detenimiento.

—¿Con cuánto detenimiento, Robert?

—Déjame unos cuantos meses.

—Marchémonos de aquí. —Miriam se enderezó.

—¿Por qué, nena?

El trató de abrazarla otra vez, pero ella se desasíó.

—Miriam, ¿qué te ha pasado de pronto? Miriam lo miró a los ojos.

—De pronto te he conocido.

—Nos conocemos desde hace un mes.

—Sí, es cierto, pero yo no sabía cuáles eran tus intenciones. Robert sonrió.

—Son las mejores, Miriam.

—Para ti, solamente.

—Oye, soy tu jefe y tú eres mi secretaria.

—Qué gran descubrimiento.

—Quiero decir que nos hemos llevado muy bien en estas cuatro semanas. ¿Por qué estropearlo ahora?

Miriam Lewis era hermosa, rubia y poseía un rostro muy bello, de ojos azules, rasgados, boca de labios sensuales, senos pronunciados.

Robert Hanley tenía treinta y cinco años. Era un editor que había subido como la espuma lanzando revistas de aire muy moderno, *cómics* en que se criticaba la sociedad del presente en todos sus aspectos, político, social y económico.

—Miriam, iré a París dentro de quince días.

—Buen viaje.

—Quiero llevarte conmigo.

—¿Y cuál es el objeto del viaje?

—Hay unos editores franceses que me han hecho una interesante propuesta. Quieren lanzar mis revistas en Francia. Se limitarán a traducirlas. Cobraré una fuerte comisión. Es el negocio de mayor envergadura que se me ha presentado en toda mi vida. La consagración de Robert Hanley.

—Enhorabuena.

—Tú compartirás el éxito.

—¿Como tu secretaria?

—Te hospedarás conmigo en el mismo hotel. Vendrás conmigo a todas partes. Visitaremos lo mejor de París.

—Y habrá un abrigo de visón.

—Dalo por hecho.

—¿Y qué más, jefe?

—Te podré proporcionar todo cuanto desees.

—¿Un «Cadillac» de oro macizo?

—Yo no estoy bromeando, Miriam.

—De acuerdo. Seré una secretaria modelo. Estaré presente en las conversaciones de negocios y, por las noches, me llevarás al Lido, al Folies Bergere o a la Torre Eiffel. Pero en el hotel estaremos en habitaciones diferentes, y sólo tendrás que llamar a mi puerta para que te abra. Pero yo seguiré siendo la secretaria del señor Hanley.

—Todo en la vida tiene sus compensaciones.

—No, Robert. Búscate otra.

El se echó sobre ella y la besó otra vez, pero Miriam forcejeó y cuando logró apartarlo dijo:

—¡Déjame en paz...! ¡No voy a compartir nada contigo!

—Miriam, eres la mujer más extraña que he conocido. Conozco a muchas mujeres que, si estuviesen en tu lugar, serían felices.

—Yo no soy de esas.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Ser la señora Hanley.

—La respuesta es no.

—¿Por qué no?

—Te lo diré. Va a haber una señora Hanley.

—¿Cómo?

—Me casaré dentro de unos meses.

—¿Con quién?

—Con Ingrid Russell.

Miriam sabía quién era Ingrid Russell, la hija de uno de los más importantes banqueros de Los Ángeles. Pero Ingrid no era hermosa, ni bella, sino delgada, huesuda, aunque muy elegante. La había visto un par de veces en la oficina, pero nunca pensó que Robert Hanley pudiese estar enamorado de ella.

—¿La quieres, Robert?

—No.

—¿No estás enamorado de Ingrid Russell y te vas a casar con ella?

—Eso mismo.

—Así que te vas a casar con ella por el dinero.

—Su padre es el que está detrás de todos mis éxitos. Yo no tenía un centavo para editar mis revistas. Formé sociedad con él.

—Pero ahora no lo necesitas.

—Te equivocas. Mis revistas han tenido éxito, pero he seguido necesitando el respaldo financiero de Douglas Russell. El señor Russell supuso que yo me casaría con su hija.

—¿Quieres decir que hablasteis de ello antes de que te diese su apoyo?

—Hablamos de ello.

—Eres un monstruo.

—Te equivocas, Miriam. No quiero a Ingrid Russell, pero pienso

que será la mejor esposa para mí. Es una muchacha con una gran cultura. Se educó en los mejores colegios de Europa. Sabe tres idiomas. Me dará la clase que yo no he tenido. ¿Sabes de dónde salí? De los muelles de San Francisco. Mi padre era estibador. En mi casa pasamos hambre. Yo era el hermano menor entre siete. Nunca te he hablado de mi familia, pero lo haré ahora. Uno de mis hermanos murió en el *ring*. Le dieron un golpe. Lo dejaron fuera de combate. Sufrió una hemorragia. No pudo despertar. Murió en el hospital. A otro hermano mío se lo cargaron unos pandilleros. Se dedicaba al tráfico de drogas. Sostuvieron una lucha con una banda rival, y mi hermano cayó en la refriega. En cuanto a los otros hermanos, son unos pobres desgraciados. Viven de lo que pueden. Yo les ayudo de vez en cuando, pero nunca saldrán del pozo en que se metieron. Ésa es mi familia, Miriam. Y ahora, con el señor Russell, yo tengo la oportunidad de ser algo distinto a todo lo que fueron los míos.

¡Y no voy a desaprovechar esta ocasión!

Hubo un silencio.

—Ahora lo sabes todo, Miriam. ¿Comprendes por qué no puedo casarme contigo?

—Lo comprendo muy bien.

—Pero tú y yo podremos ser felices —se echó sobre ella para besarla otra vez. Miriam le dio un manotazo, abrió la portezuela de su lado y saltó del vehículo.

—¡Miriam!

Ella echó a correr.

—¡Miriam, vuelve aquí!

La joven se internó por entre los árboles.

Robert no la podía seguir con el vehículo porque los pinos eran muy tupidos. Robert volvió a gritar:

—¡Miriam, ven aquí...! ¡Está empezando a llover! ¡Seguiremos hablando...! ¡Te llevaré a Los Ángeles...! ¡Estamos muy lejos! Ella se detuvo.

—No te preocupes por mí, Robert. Alguien me llevará.

Robert soltó una maldición para sus adentros. ¿Por qué las mujeres eran tan estúpidas? Había pensado que Miriam se conformaría con el plan que él había trazado para ella. Iba a tener lo mejor. Pero algunas mujeres eran muy tercas y Miriam pertenecía

a esa clase. Vio desaparecer a lo lejos a Miriam. Por fortuna, se había llevado su bolso y supuso que en él llevaría dinero. Si no la cogía algún automovilista, podría subir en uno de los muchos autobuses que se dirigían a Los Ángeles.

Encendió un cigarrillo.

Empezó a llover fuerte. Miriam se iba a calar hasta los huesos. Pero ¿tenía él culpa de eso?

Puso en marcha el motor, sacó el coche de entre los pinos y lo llevó a la carretera.

Al principio fue muy despacio, por si veía a Miriam, pero llegó a la conclusión de que no la encontraría y apretó a fondo el acelerador.

Mientras tanto, Miriam había seguido avanzando por entre la lluvia.

Su vestido estaba completamente mojado y se adhería a sus formas. Ya empezaba a sentir frío.

Vio a lo lejos luz. Podría ser una estación de servicio. Se refugiaría allí hasta que consiguiese que un automovilista la llevase a Los Ángeles.

Pero al estar más próxima a las luces se dio cuenta de que no era una estación de servicio, sino un motel. El motel de San Jacinto.

Entró en la Oficina. Una mujer alta estaba en la recepción.

—Buenas noches —dijo Miriam.

—Buenas noches —le contestó con voz seca la mujer.

—Quisiera alojamiento para esta noche.

La mujer la miró atentamente durante unos instantes.

—¿Vino sola?

—Sí.

—No la vi llegar en el coche.

—No lo traigo.

—¿Qué le pasó?

Miriam prefirió decir la verdad.

—Vine con un amigo y peleamos. El me dejó.

—¿Su nombre?

—Miriam Lewis.

—Está bien, señorita Lewis. ¿Quiere inscribirse? Miriam se inscribió en el libro y luego la mujer dijo:

—Soy Sara Copper. Le daré el apartamento número 4 —le

entregó la llave.

Un hombre bajó por la escalera. Estaba mirando ya a Miriam y sus labios sonreían.

—Hola, mamá. ¿Tenemos un huésped?

—Sí, hijo... Se llama Miriam Lewis.

—¿Y qué *bungalow* le has dado?

—El número 4.

—Yo me ocuparé de su maleta, señorita Lewis. Soy James Copper.

—Perdone, pero no traigo maleta. Sara Copper puntualizó:

—La señorita peleó con su acompañante. Se encuentra sola.

—La guiaré hasta el apartamento número 4, señorita Lewis. Miriam se puso el impermeable y James se puso otro.

Los dos salieron de la oficina y corrieron bajo la lluvia hacia el apartamento número 4. James abrió y dio la vuelta al conmutador de la luz.

—Le encenderé la chimenea —dijo.

Unos segundos después, un gran leño crepitaba en la chimenea.

Miriam se acercó frotándose los brazos.

—Tengo frío.

—Le traeré ropas secas. Mientras tanto, puede tomar un baño caliente.

—Es una buena idea.

—Volveré en quince minutos. James Copper se marchó.

Miriam, al quedar a solas, se dijo que había tenido suerte al encontrar a unas personas tan amables en aquel motel.

Se desvistió en el dormitorio y entró en el baño.

El agua caliente la reconfortó. Se secó con fuerza hasta que su piel enrojeció.

Oyó que la puerta del *bungalow* se abría y se cubrió con la toalla, aunque dejó sus esbeltas piernas al descubierto.

Entró en el *living* y no vio a nadie. Sobre un diván vio ropa interior, junto con una falda a cuadros y un grueso suéter.

—¿Señor Copper?

No le contestó nadie. Pero de un sillón vio que brotaba humo.

—¿Está ahí, señor Copper?

Claro que tenía que ser él. Dio la vuelta al sillón, pero se detuvo sorprendida. Nunca en su vida lo había estado tanto. Sentado en el

sillón, había un actor de la pantalla. Un actor que ella había conocido muy bien. Clark Gable. ¡Pero Clark Gable había muerto en 1960! ¡Y aquel hombre le sonrió con aquella sonrisa que había hecho famoso a Clark Gable en la pantalla!

Dio una chupada al cigarrillo y, mientras expulsaba el humo, dijo:

—La he estado esperando, señorita Lewis.

—Pero ¿quién es usted?

—¿No me conoce? Soy El Rey.

—¿El Rey?

—Así soy conocido en todo el mundo.

Miriam tragó saliva. Era increíble. Aquel hombre no sólo se parecía a Clark Gable, sino que hablaba como él y sonreía como él. Y ahora, cuando se levantó, se dio cuenta de que se cubría con el *smoking* que había hecho famoso en su interpretación de Red Butler, la más conocida película de Clark Gable, *Lo que el viento se llevó*.

CAPÍTULO V

Miriam Lewis trató de sonreír.

—Está usted muy bien disfrazado.

—¿Disfrazado?

—Parece enteramente Clark Gable.

—Mi querida señorita, yo soy Clark Gable.

—Perdone, pero ¿qué objeto tiene esta broma? —Todas dicen lo mismo.

—¿Todas?

—Sí, me ven y piensan que todo esto lo hago por diversión.

—¿No es divertido para usted?

—No, señorita Lewis.

—Oiga, Clark Gable murió en el año 1960.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo publicaron en los periódicos. En todo el mundo se supo que Clark Gable había muerto.

—Falso. Yo no morí y usted lo puede comprobar. Ande, tóqueme. Miriam se sentía cada vez más confusa.

Había hablado con Sara Copper y luego con su hijo James Copper. Y él la acompañó hasta el apartamento número 4 del motel San Jacinto. Y James había dicho que iría a por ropa seca, y allí estaba la ropa, en el diván, pero aquel Clark Gable se parecía muy poco a James Copper. Naturalmente, tendría que ser un disfraz, pero un disfraz perfecto, porque aquel Clark Gable tenía hasta las orejas tan características del famoso actor.

—¿En qué piensa, señorita Lewis?

—En usted.

—Entiendo, está recordando mis interpretaciones. ¿Cuál le gustó más?

Miriam pensó que aquel hombre debía estar loco. Eso le debería pasar. Y a los locos se les debía dar la razón.

—Soy muy joven, señor Gable.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

—Yo diría que son unos maravillosos veintidós años, señorita Lewis. Creo que, si a usted la hubiese conocido antes, habría podido trabajar conmigo.

—Le agradezco que me diga eso, pero me temo que yo no habría servido para actriz. El dio un manotazo en el aire.

—Hubo muchas que no servían y que, al trabajar a mi lado, se hicieron famosas.

—Pero usted trabajó con las mejores actrices de la época.

—Yo las hice actrices. ¿Qué era Joan Crawford? Una pobre bailarina. Se exhibía desnuda en los *music-halls*. Una perdida, señorita Lewis. Eso era Joan Crawford. Bailaba desnuda cuando todavía no se conocía lo que era el *strip-tease*... Y yo la convertí en la actriz que admiraron los públicos de todos los países.

Clark Gable dio una chupada al cigarrillo y sonrió mientras expulsaba el humo.

—Por algo me llamaron El Rey.

—Pero debió algo a Greta Garbo.

—¿Greta Garbo? No diga tonterías. Greta Garbo me lo debió todo a mí. Yo la lancé con *Anne Christie*... En aquel entonces, Greta Garbo sólo era una sueca con pretensiones. Resultaba antipática a los productores. Todos decían que fracasaría porque era una mujer fría, un bloque de hielo que nunca lograría transmitir al espectador los sentimientos amorosos... Pero yo fui el gran amante de ella. Yo logré inculcarle el calor que ella necesitaba... Sí, señorita Lewis, yo derretí aquel *iceberg* y, gracias al Rey, Greta Garbo empezó a subir y a subir. Pero ¿sabe lo que hacía Greta Garbo? Cada vez que iba a interpretar una película venía a mi casa a ensayar conmigo, como si yo fuese el protagonista de la película... Robert Taylor protagonizó con ella *La Dama de las Camelias*. Pero Greta Garbo me visitaba todas las noches que duró el rodaje de la película para que yo interpretase con ella. Y yo ocupaba el lugar de Robert Taylor y la corregía constantemente. Me bastaba una mirada para poner a Greta en situación...

Miriam cerró los ojos y los volvió a abrir. No, no podía ser. Aquel hombre no era Clark Gable. Clark Gable estaba muerto y,

precisamente, Robert Taylor, otro muerto, había sido junto con Spencer Tracy, también muerto, uno de los hombres que presidieron el entierro de El Rey.

Ahora estaba arrepentida. Debía haber regresado con Robert Hanley a Los Ángeles. Después de todo, no pensaba volver a la oficina de Robert. No, ella nunca consentiría ser la amante de su jefe mientras hubiese una señora Hanley. Pero en aquella situación, lo habría aceptado todo, hasta ir con Robert a Europa.

—¿En qué está pensando ahora, señorita Lewis? —dijo de pronto el hombre.

—En una película de usted.

—¿En cuál?

—*Lo que el viento se llevó*.

El hombre sonrió satisfecho.

—Mi mejor papel. Estoy de acuerdo con usted. ¿Cuántas veces ha visto *Lo que el viento se llevó*, señorita Lewis?

—Tres veces.

—Pues es usted, entre mis admiradoras, de las que menos la han visto. ¿Sabe que ha habido señora que la ha visto hasta treinta veces...? Imagínese, y la película se rodó en el año 1938... Y sigue tan fresca como entonces. ¿Cuántas veces se ha repuesto? Muchísimas. Hasta yo mismo he perdido la cuenta. La Metro intentó hacer una segunda versión pero, a la hora de la verdad, tuvieron que renunciar. ¿Por qué? Yo se lo diré, señorita Lewis. Porque no había otro Clark Gable. Eso es. ¡No había otro Clark Gable para hacer el papel de Red Butler!

—Debe estar orgulloso.

—Lo estoy, señorita Lewis. Lo estoy. Pero ¿qué hicieron los de la Metro conmigo? ¿Se portaron bien? ¿Me lo agradecieron? No, señor. Para ellos, me hice viejo y me soltaron. Yo ya no podía enamorar a las jovencitas. Qué estúpidos. Yo puedo enamorar a quien quiera con mis sesenta años. No ha habido nadie como yo. He sido el amante perfecto de la pantalla. ¡Y lo sigo siendo!

—Estoy de acuerdo con usted.

—Hay millones de mujeres que siguen enamoradas de Clark Gable.

—Sí, señor Gable.

—¿Lo está usted?

—¿Cómo?

—Le estoy preguntando si está usted enamorada de mí.

—Bueno, tenga usted en cuenta que yo pertenezco a otra época.

—¿Y qué? También las de su época se enamoran de mí. ¿Sabe cuántas cartas recibo? Miles. Sí, señorita Lewis, miles de cartas me llegan de todas las partes del mundo. Son de mujeres que me piden que vuelva a la pantalla. Y voy a volver, ¿lo sabe? ¡Voy a volver! ¡Yo les demostraré a todos los galanes de hoy quién es Clark Gable! ¡Yo les enseñaré quién sigue siendo El Rey!

—Lo celebro.

—Hagamos un ensayo.

—¿Qué?

—Usted y yo vamos a hacer un ensayo para que conozca mis cualidades.

—No hace falta. Le conozco bien, señor Gable.

—¿Es que tiene miedo?

—Oh, no, señor Gable.

—Entonces, acérquese.

Miriam tenía miedo. Mucho miedo. Pero debía obedecer a aquel extraño hombre que pretendía ser Clark Gable.

—Disculpe, señor Gable, pero no estoy vestida.

—No importa.

—Sólo me cubre una toalla.

—Oiga, señorita Lewis, yo he hecho el amor a mujeres que tenían toda clase de indumentaria. Desde excesivamente cubiertas, a muchachas con una simple toalla.

—Yo prefiero vestirme.

—Y yo no. Y soy el que mando, porque soy El Rey.

Miriam se acercó a Clark Gable, quien, sonriente, aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero.

Luego alargó la mano y cogió el brazo desnudo de Miriam.

La joven se estremeció, y no por el entusiasmo que le pudiese producir aquel contacto.

—Sentémonos en el diván —dijo él.

—Señor Gable, ¿quién trajo esa ropa? —Estaba señalando la combinación, el suéter y la falda.

—James Copper.

—¿Estaba usted aquí cuando él llegó?

—No, yo llegué después.

—¿Por qué se fue él?

—Porque es un chico muy educado, y no podía estar presente mientras usted se vestía. Pero dejémonos ya de James Copper y de esas ropas. Ahora usted y yo vamos a hacer una escena de amor.

—Me temo que no serviré.

—Claro que servirá. Recuerde que yo enseñé cómo debían interpretar una escena de amor a Joan Crawford, a Jean Harlow, a Greta Garbo, a Vivien Leigh... Usted será ahora una de ellas.

—Pero yo no soy actriz.

—Olvídese de eso y míreme a los ojos.

El sonrió frunciendo las cejas, como el mismísimo Gable había hecho en tantas escenas amorosas de sus películas.

—Señorita, ¿le han dicho que tiene usted una nariz un poco respingona?

—No.

—Esa naricilla me gusta.

El hablaba ya como si estuviese representando un papel en una película de Clark Gable.

Alargó la mano y le cogió la barbilla.

—Y también me gusta su boca. Es muy pequeña y admite muy pocos besos. Apuesto a que con uno tiene bastante.

—Es posible.

Clark se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

Miriam sintió la mano derecha de Gable en su cuello, y se echó atrás instintivamente.

—¿Qué le pasa, señorita Lewis? ¿No le gustó mi beso?

—Oh, sí. Fue su mano... Me apretó demasiado el cuello y me cortó la respiración. Clark Gable se miró las manos.

—Son unas manos poderosas. Fuertes.

Miriam fue a levantarse pero él se lo impidió sujetándola rápidamente por el muslo.

—¿Qué le pasa, señorita Lewis? ¿Es que tiene miedo?

—No.

—¡Me tiene miedo!

—Sólo un poco.

—¿Por qué? Soy Clark Gable y, cuando yo le hago el amor a una mujer, ella no debe sentir miedo. Todo lo contrario. Debe sentirse

muy dichosa porque El Rey la tenga entre sus brazos y la bese.

Miriam estaba perdiendo el control de sus nervios. Se sentía fatigada. Estaba en manos de un loco, de un hombre que tenía la mente completamente perturbada.

—Señor Gable, tengo mucha jaqueca. ¿Por qué no se va ahora y vuelve más tarde? Estoy segura que, en un par de horas, me encontraré bien.

Clark la miró con los ojos entornados.

—¿Por qué quiere engañarme, señorita Lewis? Si yo la dejase a usted, echaría a correr.

—Oh, no.

—Sí, usted echaría a correr para decirle a la policía que había encontrado a Clark Gable. Y eso no lo puedo consentir. Todavía no ha llegado el momento de mi regreso a la pantalla. Quiero que sean los productores los que vengan aquí a por mí, a suplicarme que regrese a Hollywood. Mientras tanto, mi estancia en este motel debe ser ignorada.

—No se preocupe. No se lo diré a nadie.

—No me basta con eso.

—Se lo prometo.

—No me basta con su promesa.

Miriam comprendió lo que podría ocurrir. Aquel hombre, quienquiera que fuese, la podía matar para conservar su anonimato.

—Muy bien —dijo—. Puede quedarse, señor Gable.

—Ya no.

—Puede continuar haciéndome la escena de amor.

—Ya no —repitió él.

Clark Gable estaba muy serio. Ya no era el Clark Gable simpático de la pantalla, todo lo más el Clark Gable duro, lleno de fiera que, en un momento determinado, hacía frente a enemigos muy poderosos, a los que vencía con su fuerza.

Miriam Lewis empezó a sentir que el pánico se apoderaba de ella.

—Señor Gable, le hago una propuesta.

—¿Cuál?

—Yo cogeré la ropa, me meteré en el dormitorio, me vestiré y usted se quedará aquí mientras tanto.

—¿Y luego?

—Yo saldré vestida y usted me invitará a cenar a cualquier sitio. Clark Gable se quedó pensativo y volvió a sonreír.

—No está mal.

Miriam Lewis cogió la ropa del diván y se fue hacia el dormitorio.

—No cierre la puerta —le advirtió Clark Gable.

—No la cerraré.

Miriam dejó la puerta abierta y, cuando se encontró a solas, en el dormitorio, sintió deseos de echarse a llorar. Estaba en manos de un loco. Había una ventana. No lo pensó dos veces. Se escaparía por allí. Se vistió, fue despacio hacia la ventana y la abrió.

Ya se disponía a salir por el hueco cuando oyó una voz a sus espaldas:

—Quieta, señorita Lewis. Se volvió lanzando un grito.

Clark Gable le cubrió la boca con la mano y la otra se la puso en el cuello.

—Me iba a engañar, señorita Copper. Iba a engañar al Rey.

Miriam trató de escapar, pero el hombre tenía mucha fuerza y la arrojó en la cama. Y ahora Clark Gable le apretó el cuello con las dos manos.

El aire huyó de los pulmones de Miriam Lewis y todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Y vio la cara de Clark Gable y su sonrisa y sus ojos, que ahora estaban desorbitados, unos ojos que brillaban con ferocidad.

CAPÍTULO VI

El teniente Richard Jordan dio un suspiro y miró a Robert Hanley.

—Conque fueron a pasear por los montes de San Bonifacio.

—Sí, teniente, y ya le he contado lo que pasó.

—Ella huyó de su automóvil.

—Sí.

—En el momento en que descargó la tormenta. Y usted no fue detrás de ella.

—No pude.

—¿Por qué no pudo?

—Yo estaba en el coche y Miriam echó a correr. El auto no podía pasar entre los pinos.

—Pudo correr detrás de ella dejando el auto allí.

—Pero no lo hice.

—Pudo ir detrás de ella, alcanzarla y darle muerte.

—Oh, no.

—Tuvo la oportunidad, señor Hanley.

—Pero ¿qué motivos podría tener para matar a mi secretaria?

—¿Qué hacía con su secretaria en los montes de San Bonifacio? ¿Dictarle cartas?

—No sea sarcástico, teniente.

—Muy bien. Suprimamos el sarcasmo, pero la pregunta queda en pie. Miriam Lewis fue encontrada en una hondonada, a unas quince millas del lugar en que usted, supuestamente, la vio por última vez.

—Ahí tiene la respuesta. ¿Cree que yo iba a andar quince millas con Miriam a pie para luego matarla?

—Pudo matarla en el lugar donde discutieron. Luego transportó su cadáver en el coche, hasta dejarla en donde fue encontrada por el empleado de la estación de servicio que informó a la policía.

—No, teniente. Yo vi por última vez a Miriam cuando ella estaba viva, completamente viva.

—¿Por qué discutieron?

—Ella quería casarse conmigo.

—¿Sostenía relaciones íntimas con ella?

—No.

—¿Por qué miente?

—No le miento, teniente. Miriam era mi secretaria y me sentía atraído por ella, pero no habíamos llegado todavía a eso.

—¿Pensaba llegar?

—Yo había pensado llegar, pero Miriam me demostró que estaba equivocado. Le propuse ir a Francia. Tengo que hacer un viaje a París por cuestión de negocios. Pero ella quería hacer ese viaje como la señora Hanley. Le dije que era imposible, que me iba a casar con Ingrid Russell.

—Muy enternecedor.

—Le juro que es la verdad, teniente. Y si esto se publicase sería mi ruina. Estoy haciendo una confesión sincera. Absolutamente sincera. Y no quiero esconder nada de mis relaciones con Miriam. Ella sólo llevaba un mes conmigo como secretaria, pero se ganó todas mis simpatías. Era una hermosa mujer, y yo soy de carne y hueso. Me sentía prendado de Miriam.

—¿Enamorado?

—No, enamorado no... Soy duro para eso, teniente. Ni siquiera estoy enamorado de la mujer con la que me voy a casar.

—Es de los que no pierden el tiempo, ¿eh?

—He esperado demasiado mi oportunidad y ya llegó. Y no puedo consentir que ninguna mujer me aparte de mi camino.

—¿Ni siquiera Ingrid Russell?

—Ella me va a ayudar. Quiero decir su padre. Es banquero. Me hizo un préstamo. Es algo así como un socio mío. Hoy día, para emprender un negocio de envergadura se necesita capital, mucho capital, teniente. Mis publicaciones, sin un fuerte apoyo financiero, nunca hubieran tenido éxito.

—¿Quién mató a Miriam?

—¿Eh?

—Si usted no mató a Miriam, ¿quién lo hizo?

—¿Y yo qué sé, teniente? Mariam Lewis me había hablado muy

poco de sus amistades. No habíamos tenido tiempo. Era una muchacha muy eficiente. En la oficina sólo hablábamos de negocios.

—¿Y luego?

—Cuando estábamos fuera de la oficina, nos pasábamos todo el tiempo hablando de mí. Soy un egoísta, teniente. Sólo me preocupaba de mi futuro, de mis sueños. Nunca se me ocurrió pensar que ella podría tener un pasado.

—¿Sabe que es la segunda muerte en las mismas circunstancias?

—¿Eh?

—Hace cosa de dos meses, una mujer fue estrangulada.

—¿En el mismo lugar?

—A unas seis millas de donde encontramos a Miriam Lewis.

—¿Cómo se llamaba la otra?

—Elke Faney.

—¿También secretaria?

—No, Elke Faney era cajera en un club nocturno. Se dirigía desde Palm Springs a Los Ángeles para someterse a una prueba cinematográfica. Sólo hay una diferencia, que Elke Faney viajaba en su propio coche.

—¿No lograron saber nada?

—Su muerte continúa siendo un misterio.

—¿Supone que fueron asesinadas por la misma persona, teniente?

—Es demasiado pronto para saberlo.

—Ha podido ser una coincidencia.

—En la policía aborrecemos las coincidencias, señor Hanley. Es uno de nuestros principios. ¿Dónde se alojaba Miriam Lewis?

—Vivía en una pensión, en la calle Laurel, 303.

—Volveré a hablar con usted.

—Tengo que ir a París.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Tendrá que esperar.

—Perdone, teniente, pero perjudicaría mis negocios el aplazamiento.

—Yo también lo siento, pero demore un par de días su viaje.

—¿Es que sigue sospechando de mí?

—Señor Hanley, usted, supuestamente, ha sido sincero. Sólo eso. Supuestamente. De todas formas, haré lo posible por facilitarle a usted ese viaje a París en un plazo de tres días.

El teniente Jordan ya no dijo más y se marchó.

La pensión en que había vivido Miriam Lewis estaba regentada por una mujer de unos sesenta años, de cabello blanco. Se llamaba Paola Harrison.

Cuando el teniente nombró a Miriam Lewis, la señora Harrison se echó a llorar.

—Tranquilícese, señora Harrison.

Estaban en el *living* y el teniente se sentó en un sillón y esperó a que la señora Harrison se tranquilizase un poco.

—Es horrible, teniente. Miriam era una joven agradable, simpática, llena de vida.

¿Quién ha podido hacer con ella una monstruosidad como ésa?

—Son cosas que pasan desgraciadamente, señora Harrison.

—¿Tiene alguna pista?

—No, señora Harrison, y por eso necesitamos su ayuda.

—¿Qué puedo hacer por usted, teniente?

—¿Le habló la señorita Lewis de su jefe?

—Oh, sí, me habló del señor Hanley. Pero siempre dijo buenas cosas de él. Tuve la impresión de que Miriam se había enamorado del señor Hanley. Ella esperaba que él le pidiese que fuese su mujer.

—Ésa fue la causa de que Miriam huyese de Hanley, porque él dijo que no tenía el menor pensamiento de casarse con ella.

—Hay hombres que son brutales y sólo están en el mundo para aprovecharse de nosotras, las mujeres. Perdone que le hable así, teniente, pero a mí me pasó lo mismo. Bueno, lo mío fue peor. Me casé y, a los dos días, mi marido se marchó de casa, y ya no lo he vuelto a ver. No sé dónde está y han pasado más de treinta años.

—Lo siento, señora Harrison, pero volvamos a la señorita Lewis. ¿Cuánto tiempo llevaba en su pensión?

—Tres meses.

—¿De dónde venía?

—De Nueva Orleans.

—¿Se empleó en algún sitio antes de caer en la oficina del señor Hanley?

—No.

El teniente Jordan sabía de qué forma se había empleado Miriam Lewis con Robert Hanley. La joven le había sido enviada por una escuela de secretarias.

La señora Harrison amplió aquel informe diciendo que Miriam Lewis, al llegar a la pensión, se había matriculado en la Escuela de Secretarias de Dora Dall, pero ya había venido de Nueva Orleans con una gran preparación porque era una buena mecanógrafa. Y por ello, en la primera oportunidad, Dora Dall le había proporcionado el empleo en la oficina de Robert Hanley.

—¿Salió con algún hombre mientras estuvo en su pensión, señora Harrison?

—No.

—¿Recibía llamadas de hombres?

—Ninguna. Ya le he dicho que era una chica estupenda, de muy sanas costumbres. Por eso se enamoró a la primera de su jefe. Si le hubiesen gustado los hombres, hubiese salido con ellos, nunca se hubiera enamorado tan rápidamente de su jefe. Lo mío me pasó a mí con mi marido, con aquel miserable. Lo conocí un día, y una semana después ya estaba casada con él. Somos tontas, teniente. Completamente tontas, por dejarnos impresionar por cierta clase de hombres que parecen buenos, y que luego resultan los peores.

El teniente Jordan no tenía nada más que preguntar a la señora Harrison, y se marchó de la casa.

Cuando se reunió con sus subordinados, intercambiaron los informes que habían recogido con respecto a la muerte de Miriam Lewis.

Y el sargento Parker hizo el comentario final:

—Teniente, creo que nos encontramos con un asesino que comete sus crímenes en serie. Y con eso quiero decir que ya tiene dos víctimas en su haber: Elke Faney y Miriam Lewis. ¿Cómo lo llamamos? ¿El asesino de la carretera...? ¿O prefiere el asesino de las rubias hermosas?

CAPÍTULO VII

Jenny Mortimer estaba pintando un retrato, el de Spencer Taylor.

—Por favor, señor Taylor, no se está quieto.

Spencer no se estaba quieto porque, de vez en cuando, alargaba la mano para coger el vaso de *whisky*. Y ya iba por el tercero.

—Perdón, Jenny.

La joven tenía veinticuatro años y tenía el cabello rubio. Su rostro era bellísimo, al que acompañaban muchas cosas también extraordinarias, un busto pronunciado, una cintura estrecha, unas caderas anchas y unas piernas muy largas y bien torneadas por los muslos, que hacía notar debido a que Jenny se cubría con una blusita y unos *shorts*, todo muy ligero para poder moverse a gusto ante el lienzo.

—¿Por qué me eligió a mí para que lo pintase, señor Taylor?

—Vi unos cuadros suyos en la exposición de la Sala Napoleón.

—Pues me extraña que me eligiese por eso.

—¿Por qué?

—Todos mis cuadros eran abstractos.

—Pero yo adiviné sus formas.

—¿A qué formas se refiere, señor Taylor? ¿A las del cuadro o a las mías? Spencer soltó una carcajada.

—Es usted deliciosa, Jenny.

Spencer cogió otra vez el vaso de *whisky* y bebió un trago.

Jenny interrumpió su trabajo y cruzó los brazos bajo los pronunciados senos.

—Señor Taylor, he calculado el tiempo que invertiré en terminar el cuadro si se mueve tanto.

—¿Cuánto tardará?

—Unos diez meses.

—Estupendo. Serán unos diez meses imborrables.

—¿Usted cree?

Spencer Taylor era alto, rostro bien parecido. Se había vestido como un leñador porque ése había sido el comienzo de su carrera. Había cortado muchos árboles, pero ahora ya no cortaba ningún tronco porque tenía centenares de obreros que hacían ese trabajo por él. Se había convertido en un magnate de la madera. Había comprado bosques en Oregón y en Canadá y desde allí distribuía su madera por todo el mundo. Hacía contratos directamente con los Gobiernos. Vivía en una mansión, en lo alto de una colina, cerca de la ciudad de Bannig.

—¿Un *whisky*, Jenny?

—Todavía no he terminado la sesión.

—Llevamos trabajando una hora.

—Una hora es muy poco.

—Pero yo estoy cansado.

—¿Cansado de beber? Spencer Taylor sonrió.

—Es usted ácida, Jenny.

—Eso me dicen. Que soy como el vitriolo.

—Apuesto a que exageran.

—No, señor Taylor.

—Usted, en el fondo, es dulce.

—Es preferible que no llegue a ese fondo.

—Mire, le voy a preparar un martini y ya verá cómo se siente reconfortada.

—Oiga, para sentirme reconfortada, necesitaría estar primero agotada y no lo estoy.

—Sea una buena chica y obedezca a un hombre que conoce bien el mundo. Descansaremos quince minutos y luego volveremos al trabajo. ¿Trato hecho?

—Como usted quiera, señor Taylor.

Spencer le preparó un martini, pero lo cargó mucho con ginebra, aprovechándose de que Jenny se entretenía en contemplar los pocos trazos que había hecho en el lienzo.

—Su martini, señorita Mortimer.

Ella bebió un trago y soltó un bufido.

—¿Qué ha puesto aquí, señor Taylor? ¿Plomo al rojo vivo? El lanzó la carcajada.

—Pero qué graciosa es usted.

Jenny dejó la copa en la mesa y se hizo aire con la mano.

—Demonios, apuesto a que esto es lo que les dan a los soldados del Vietnam antes de entrar en combate. Con razón matan a todo lo que encuentran por delante, animal o vegetal.

—Eso es interesante. Se haría famosa si escribiese su protesta al Pentágono.

—La tirarían al cesto de los papeles, como tantas otras. Jenny se dejó caer en un diván.

Spencer Taylor pensó que era su momento.

Se sentó al lado de ella y cogió una mano de Jenny y la miró con aspecto de profesional.

—Y pensar que esta mano se hará famosa y que la tengo entre las mías. Qué mano, señorita Mortimer. Sus dedos son increíbles.

—Cinco.

—¿Cómo?

—Que sólo tengo cinco dedos, como usted y como casi todos.

—Es verdad. Tiene cinco dedos, pero deben ser maravillosos cuando abrazan.

Se echó sobre Jenny y la besó en los labios antes de que ella pudiese retirar la cabeza. Jenny le soltó una bofetada con la mano que él le había cogido.

—Y mire para lo que me sirve además de pintar, señor Taylor. Para detener a un fresco. Spencer, a pesar de que la bofetada había sido bastante fuerte, no perdió la calma. Todo lo contrario. Rió, aunque no con tantas ganas como antes.

—Jenny, es usted muy impulsiva.

—Más impulsivo es usted.

En aquel momento, a través de los cristales del ventanal, cruzó un relámpago y se puso a llover.

—Señor Taylor, me voy.

—No puede marcharse, Jenny. Tiene habitación en mi casa. Fue el acuerdo. Se quedaría aquí durante dos semanas, hasta que haya acabado mi retrato.

—Pero ya le he dicho que, al paso que vamos, invertiré más de diez meses en hacer mi trabajo, y no puedo estar diez meses en su casa.

—¿Por qué no?

—Se me hincharía la mano de tanto pegarle bofetadas.

—Jenny, le haré una confesión. Me he enamorado de usted. La quiero con toda mi alma.

—Parece la letra de una canción.

—¿Por qué es tan corrosiva?

—Recuérdelo. Soy como el vitriolo.

—¿Es que no puedo hablar en serio con usted? ¡Me ha pegado el flechazo! ¡Se lo juro!

—No veo que su corazón sangre.

—¿Por qué no deja de ser bromista, Jenny? ¿Por qué no tiene compasión de un pobre millonario que durante años ha estado buscando a la mujer de su vida?

—Señor Taylor, me parece que tiene muy mala memoria. Se ha casado cuatro veces.

—Cierto.

—De modo que está buscando la mujer de su vida. ¿Sabe lo que me parece, señor Taylor? Un caradura.

—Oiga, Jenny, el hecho de que me haya casado cuatro veces y me haya divorciado otras cuatro, reafirma lo que acabo de decir. Que he sido un desgraciado. Que no he encontrado a la mujer de mis sueños, y que por cuatro veces me equivoqué.

—Se equivocaría por quinta vez conmigo.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Oiga, Jenny, ¿es que no soy de su gusto?

—Señor Taylor, usted es alto, usted es guapo, usted es millonario.

—Demonios, reúno todas las condiciones para que usted se enamore de mí perdidamente.

—No me dejó terminar, señor Taylor. Es todo eso que he dicho, pero me faltó agregar algo que también usted es.

—¿Qué cosa?

—Un aprovechado.

—¿Eso es un defecto hoy en día?

—Para mí, sí.

—¿Por qué, Jenny?

—A mí me gustan los hombres que luchan abiertamente por conseguir a una mujer. Y usted se vale de recursos muy feos. Le importa un rábano el retrato que yo le estoy haciendo. Me trajo

aquí sólo para conquistarme, para que yo cayese en sus brazos. Ni siquiera ha esperado dos días. Empecé su retrato, y enseguida atrapó el tenedor y el cuchillo y se me echó encima como si yo fuese un trozo de solomillo.

—Le haré otra confesión, señorita Mortimer. Usted para mí es el trozo de solomillo más sabroso que he tenido ante mis ojos.

—Es usted muy amable por confesar también eso señor Taylor —y le soltó otra bofetada.

—¡Jenny, que me va a hinchar la cara!

—Ojalá se le hinche.

—Mi servidumbre va a creer que metí mi cara en un avispero.

—Ya no le voy a pegar más, señor Taylor.

—Estupendo, Jenny.

—Porque me voy.

—¿Eh?

—¡Que me voy!

Otro relámpago iluminó el cielo y empezó a llover torrencialmente.

—No puede marcharse ahora, Jenny.

—¿Quién le ha dicho que no?

—Está cayendo un diluvio y en esta región es muy fácil que las carreteras queden interceptadas.

—Si es preciso, volveré a Los Ángeles.

Jenny empezó a recoger la caja de pinturas.

Se acercó al lienzo y, cogiendo éste, lo lanzó a los pies de Spencer.

—¡Ahí tiene, señor Taylor! Su proyecto de retrato. —¡Lo tiene que continuar!

—Será mejor que contrate a su tía para eso.

—¡Mi tía no pinta! ¡Baila!

—Pues que moje las zapatillas en la pintura y que baile sobre el lienzo *El canto del cisne*.

—Saldré hecho un monstruo.

—Saldrá muy parecido, señor Taylor.

—Jenny, no soy un monstruo. Soy muy guapo.

Jenny se dirigió hacia la puerta. Sólo había traído un abrigo de entretiempo, pero lo tenía en el automóvil.

Spencer la detuvo junto a la puerta.

—Jenny, no me puede abandonar en estos momentos. Abrazó a Jenny y la besó con fuerza en la boca.

Esta vez Jenny no hizo nada por separarse, pero sus manos estaban sacando de su bolsa un tubo de pintura.

Cuando Spencer la soltó, levantó el tubo y le soltó un chorreón de pintura en la boca. Era pintura roja.

Spencer se quedó quieto.

Jenny abrió la puerta y, justo al otro lado, había un criado. El criado parpadeó mirando a su patrón.

—¿Qué le pasó, señor Taylor?

El magnate de la madera no pudo contestar, pero lo hizo Jenny en su lugar:

—Me besó y me quitó todo el maquillaje —luego Jenny salió de la casa dejando al criado estupefacto.

Fue a la cochera a por su automóvil y ya nadie intentó detenerla.

Minutos más tarde, abandonaba la gran mansión de Spencer Taylor, justo cuando estaba lloviendo con más fuerza.

Apenas se hubo alejado un par de millas, comprendió que Spencer no la había engañado al menos en una cosa. En que las carreteras estarían intransitables.

El agua bajaba torrencialmente por las barranqueras arrastrando lodo, piedras y hasta ramas de árboles.

Su marcha se hizo cada vez más dificultosa.

Siguió adelante, esperando encontrar algún patrullero para preguntarle qué camino podría tomar para llegar a Los Ángeles, ya que por el que corría se hacía cada vez más difícil, pero no encontró a nadie y eso era lógico porque sólo a un loco se le hubiese ocurrido viajar en automóvil en aquellos momentos. Lo lógico era detenerse en la primera casa que encontrase en su camino.

Los faros de su coche alumbraron un cartel:

«Motel de San Jacinto a dos millas, camino a la derecha».

Recorrió aquellas dos millas muy despacio, sorteando un par de rocas que habían caído en la carretera desde la ladera.

Torció a la derecha cuando llegó a las dos millas y vio el otro cartel.

Por fin pudo descubrir el motel, que era una casa muy grande, de construcción antigua, y de apartamentos corridos.

Había luz en la oficina. Saltó del coche y se zambulló en las cataratas de agua que caían del cielo.

Entró en la oficina sin llamar y se contempló las esbeltas piernas que chorreaban agua, los *shorts* empapados, así como la blusa.

—Dios mío, me he puesto como una sopa.

No oyó que nadie dijese nada y pensó que estaría sola, pero, al levantar la vista, vio a una mujer delgada, alta, en la recepción.

—Buenas noches, señorita —la saludó Jenny.

—Señora.

—Me encuentro en una emergencia, y me gustaría pasar la noche aquí.

—¿Viene sola?

—Sí.

—¿Espera a alguien?

—Oh, no —dijo Jenny con cierto horror pensando en Spencer Taylor.

—Casualmente, tenemos libre un apartamento, el número cuatro.

CAPÍTULO VIII

—Estupendo —dijo Jenny cuando oyó que al fin había encontrado un refugio—. No sabe cuánto se lo agradezco, señora.

—Sara Copper.

—Yo soy Jenny Mortimer. Encantada de conocerla.

—Lo mismo digo, señora Copper.

—¿Quiere inscribirse, señorita Mortimer?

—Desde luego.

La joven se dirigió al registro y se puso a escribir en la hoja del libro que la señora Copper le había señalado.

Jenny oyó pasos en la escalera que había al fondo y que conducía al piso superior. Levantó los ojos y vio a un hombre que la estaba mirando. Era alto, joven, de rostro agradable.

—Mamá, ¿por qué no me has llamado?

—El cliente se presentó de improviso. Se llama Jenny Mortimer. Señorita Mortimer, es mi hijo James.

—¿Qué tal, James?

James enarcó las cejas mientras observaba atentamente a la joven.

—Perdone mi indumentaria —dijo Jenny—. No es la más adecuada para viajar en una noche como ésta, pero fui sorprendida por muchas cosas.

—¿Qué apartamento le has dado, mamá?

—El número 4.

—Estupendo, yo la acompañaré, señorita Mortimer.

—Oh, no se moleste. Estoy segura de que yo sola daré con el apartamento número 4. Imagino que estará entre los de la derecha.

—No obstante, es mejor que vaya con usted. El terreno estará muy resbaladizo. James recibió de su madre la llave correspondiente al apartamento número cuatro. Jenny iba a salir, pero se volvió.

—Señora Copper, ¿me podría dar cena?

—Lo siento, pero no damos comidas. James carraspeó.

—Es la costumbre, señorita Mortimer. No damos comidas, pero con usted haremos una excepción. Le llevaré la cena a su apartamento.

—Oh, qué amable es usted.

Jenny fue a salir, pero él la detuvo:

—Espere, señorita Mortimer. Póngase un impermeable o se mojará.

—¿Más de lo que estoy? Me ha llegado el agua hasta los talones.

—Pero ya le ha caído bastante agua y puede pillar una pulmonía.

James descolgó dos impermeables del perchero. Entregó uno a Jenny y él se puso el otro.

El impermeable le venía demasiado grande a Jenny, pero se encogió de hombros porque eso era mejor que nada, y salió de la oficina seguida por James.

Recorrieron en el automóvil el corto trecho que les separaba del apartamento número cuatro.

James saltó para abrir la cochera y Jenny llevó el vehículo al interior. Luego subieron al porche. James abrió la puerta y encendió la luz.

En la chimenea había un leño.

Jenny se quitó el impermeable y tiritó de frío.

—Caramba, creo que voy a coger un resfriado —y estornudó.

—Ahora mismo le enciendo la chimenea para calentar el ambiente.

—Magnífico —dijo Jenny.

James encendió la chimenea y entonces dijo:

—¿Por qué no toma un baño caliente, señorita Mortimer?

—Es una maravillosa idea.

—Yo, mientras tanto, iré por su cena. No tardo más de media hora en volver.

—De acuerdo.

James se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, Jenny lo llamó:

—James...

El volvió la cabeza.

—Hace tiempo que no me encontraba con personas tan amables como usted y su madre.

James sonrió.

—Sólo estamos aquí para servirla, señorita Mortimer. Puede llamarme Jenny.

—Desde luego, Jenny.

James se marchó del apartamento, cerrando tras de sí.

Jenny cogió su maleta y se fue al dormitorio. Sacó ropa seca, un suéter y unos pantalones vaqueros, además de la ropa interior.

Inmediatamente se desvistió y se metió en el cuarto de baño.

Se puso a cantar mientras el agua caliente corría por su piel desnuda. Fue entrando en calor.

Terminó su baño y, después de secarse, se vistió en el dormitorio con las ropas secas. Luego entró otra vez en el baño para peinarse.

Bien, ya estaba lista. No había oído llegar a James Copper y ya había pasado la media hora.

Entró en el *living* y de pronto descubrió algo. De un sillón salía humo, un sillón que estaba de espaldas a ella.

—No le oí llegar, James —dijo.

No recibió respuesta.

Apareció una mano, que tenía un cigarrillo entre los dedos, y que descansó en el brazo del sillón.

—James, ¿dónde puso la cena? Tampoco le contestaron.

Entonces, Jenny se dirigió hacia el frente y se volvió. Se quedó con la boca abierta, perpleja, asombrada. Sentado en aquel sillón había un actor de cine que ella conocía bien. Era Humphrey Bogart.

Sí, ella había visto a Humphrey Bogart en muchas películas, pero, prácticamente, las vio casi todas después que Humphrey Bogart hubiese muerto en 1957, cuando ella tenía sólo diez años. Pero años después.

Bogart se había puesto otra vez de moda, sobre todo entre la juventud, y habían vuelto a reponer sus más famosos filmes. Hasta en la televisión habían dado ciclos de películas dedicadas a aquel gran actor, considerado como uno de los más duros de Hollywood, y que se había convertido en el ídolo de los jóvenes de la década del 60. Ella misma había pertenecido a un club de Humphrey Bogart cuando estuvo en la Universidad.

Pero si Humphrey Bogart había muerto, aquel hombre no podía

ser el actor, sino alguien que se había disfrazado exactamente como él.

—James...

—¿Por qué me llama James?

Y la voz era de Humphrey Bogart, seca, dura, cortante.

—Perdone, pero usted es James Copper.

—No, yo no soy James Copper.

—¿Y quién es usted?

—¿Es que no me conoce?

Aquel hombre llevó el cigarrillo a los labios y lo chupó como lo chupaba Bogart, como si fuese el último cigarro que fumase antes de morir. Con verdadera fruición.

—Soy Humphrey Bogart, señorita.

Jenny sintió un escalofrío por la espalda y ya no podía deberse a la lluvia que le había caído sobre el cuerpo, sino a la impresión que le producían las palabras de aquel hombre.

—Conque Humphrey Bogart.

—Yo debo ser su ídolo.

—Lo es, señor Bogart.

—¿No lleva mi emblema?

—¿Su emblema?

—Sí, muchas chicas llevan mi emblema. Una especie de escudo con mi fotografía.

—Lo llevé algún tiempo.

—¿Lo llevó y ahora no lo lleva?

—Es que ahora tengo veinticuatro años, señor Bogart.

—¿Y qué?

—Yo pertenecí al club de Humphrey Bogart desde los quince años hasta los dieciocho.

—¿Y qué le pasó a los dieciocho?

—Pues..., pues...

—¿Me suplantó por Rock Hudson?

—Oh, no.

—¿Por Tony Curtis?

—Tampoco.

—Seguro que fue por alguno de esa clase. Sólo tienen belleza, pero ¿qué me dice de su trabajo? ¿Se pueden comparar conmigo?

—Desde luego que no, señor Bogart. Ni Rock Hudson ni Tony

Curtis se pueden comparar con usted cuando interpretan.

Humphrey Bogart dio una chupada al cigarrillo y dejó que el humo le saliese de la boca sin necesidad de expulsarlo, y aquel humo ascendió por su cara, ante los ojos, pero ni siquiera pestañeó.

—¿Qué películas más ha visto, señorita?

—Muchas.

—¿Cuáles?

—Vi hace poco *El bosque petrificado*, en la televisión.

—Conque me vio con Leslie Howard.

—Sí, señor Bogart.

—¿Y cuál de los dos estaba mejor?

—Usted, señor Bogart, aunque Leslie Howard también hizo un buen trabajo.

—¿Qué más ha visto de mí?

—*Casablanca*.

—Conque *Casablanca*. Fue la película en que me consagré. La filmé durante la guerra mundial. Fue la primera película que Ingrid Bergman hizo en Hollywood. ¿Sabe que no me querían contratar?

—¿Por qué?

—Porque decían que Ingrid Bergman era más alta que yo y que, cuando tuviese que besarla, me tendría que poner en lo alto de un cajón.

—¿Y no fue así?

Bogart atirantó los músculos faciales.

—Señorita, es usted tan estúpida como las demás mujeres. Yo sólo daba la impresión de ser bajo, pero mi talla era la normal. Uno setenta. Naturalmente, Ingrid Bergman, si se ponía tacón alto, me superaba, —ero si ella trabajaba con zapatos planos, yo podría perfectamente abrazarla y sostener un diálogo sin necesidad de subirme a ningún cajón. Cuando uno alcanza la cumbre, surgen las envidias por todas partes. Pero conmigo no pudieron. No, señorita. No pudieron con el gran Humphrey Bogart. ¿Sabe que mucha gente pronosticó que no llegaría a ser un actor importante? Ya sabe, durante la década de los treinta, había que ser un hombre guapo para triunfar en la pantalla, y yo estaba considerado como un hombre feo. Por eso, siempre hacía papeles de malo, ya sabe, el *gángster* sin escrúpulos, el asesino de bajos instintos, el ladrón que no se detiene ante nada. Los productores eran unos necios. Habían

acostumbrado al público a que el galán fuese alto, guapo y a que sonriese como un conejo. Yo impuse una nueva clase de galán. Yo era un hombre corriente y el mundo está lleno de hombres corrientes, que hacen su trabajo, que no son demasiado guapos, que tienen una cara normal, y que también triunfan en la vida porque, para triunfar, lo indispensable es una voluntad férrea y tener personalidad. Y eso era lo que yo tenía. Voluntad y personalidad.

—Sí, señor Bogart.

Jenny estaba escuchando embelesada a aquel hombre. Era como, si efectivamente, Humphrey Bogart hubiese resucitado para hacerle a ella una visita en aquel apartamento del motel.

Pero no podía ser Humphrey. Oh, no, de ninguna forma podía dejar que él la sugestionase. Aquel hombre tendría que ser un bromista y, de un momento a otro, se quitaría la máscara o el maquillaje, y él le diría: «¿Qué le parezco como imitador de estrellas, señorita Mortimer?».

—Siéntese junto a mí, en el brazo del sillón, señorita... Quiero obsequiarla con una escena de amor.

CAPÍTULO IX

Jenny Mortimer sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Una escena de amor ha dicho, señor Bogart?

—¿Acaso es sorda?

—No, señor Bogart.

—Entonces, no haga que le repita dos veces las cosas.

—Pero yo no soy actriz, señor Bogart. Y no es necesario que usted y yo hagamos una escena de amor.

Humphrey se levantó. Estaba muy serio.

Jenny retrocedió dos pasos. Dios, ¿por qué no venía James para traerle la cena? Ya había pasado la media hora.

—Señor Bogart, le hago una propuesta... Comamos un poco antes.

—No tengo ganas de comer.

—Pero yo sí. Tengo el estómago vacío. Vayamos al restaurante del motel. Comeremos juntos. Usted y yo. Y hasta pediré que nos pongan un par de velas. Será maravilloso para nuestra escena de amor. ¿Recuerda? Usted ha cenado algunas veces a la luz de dos velas, estando acompañado en la mesa por la estupenda mujer a la que amaba. Podrá recordar sus viejos tiempos.

—¿Viejos tiempos? ¿Es que me llama anciano?

—Oh, no, usted no es un anciano.

—Sólo tengo cincuenta y dos años, señorita.

—Y se conserva muy bien porque parece que tenga menos.

—¿Usted cree?

—Estoy completamente segura, señor Bogart.

—No, no iremos a cenar.

—¿Por qué no?

—Se supone que yo soy el duro y, por tanto, el que da las órdenes.

—Pero ahora no está filmando una película, y usted debe

comportarse como en su vida privada.

—¿Qué sabe de mi vida privada?

—Que se comportaba como un hombre corriente. No era orgulloso, ni vanidoso, ni...

—Cállese.

Humphrey Bogart se dirigió hacia Jenny y ella volvió a retroceder.

—¿Por qué huye de mí? —gritó él.

—Por su esposa.

—¿Mi esposa?

—Usted está casado con Lauren Bacall. ¿No lo recuerda?

—Sí, estoy casado con Lauren, pero ella no está aquí.

—Sé que va a venir de un momento a otro.

—¿Usted lo sabe?

—Sí, señor Bogart.

—¿Por qué?

—La vi hace un rato.

—¿Dónde?

—Por la carretera y me dijo que venía hacia el motel de San Jacinto. Es raro que no haya llegado ya.

Humphrey miró por la ventana.

—Está lloviendo mucho. Se debe haber detenido en alguna parte. De modo que Lauren no vendrá esta noche. Estamos solos. ¿Lo entiende, señorita?

—Vaya, qué suerte.

—Celebro que diga eso. Debe ser una suerte para usted encontrarse a solas con un hombre como yo. He sido deseado por millones de mujeres.

—Qué casualidad. Aquí hay una de ellas.

—Usted.

—Oh, no, señor Bogart, hay una que está más entusiasmada por usted.

—¿A quién se refiere?

—A la señora Copper, la dueña del motel.

—No diga tonterías.

—¿Lo considera una tontería?

—La prefiero a usted.

—¿Por qué?

—Porque es usted hermosa, atractiva...

Humphrey siguió acercándose a Jenny y ella ya no pudo retroceder más porque encontró a sus espaldas la pared.

—Señor Bogart, no se acerque. Le puedo contagiar el resfriado.

—No se preocupe. Estoy inmunizado contra los resfriados.

—Eso se lo dirá usted a todas.

—A usted solamente, señorita... A propósito, todavía no se ha presentado.

—Soy Jenny Mortimer.

—Encantado.

—Soy pintora, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Y se me ocurre una estupenda idea. La de hacerle un retrato a usted.

—Ya me hicieron muchos retratos.

—Pero yo no le hice ninguno, señor Bogart. Nunca tuve esa estupenda oportunidad. Jenny se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¡Deténgase, señorita Mortimer! —gritó Bogart.

Ella se detuvo porque la voz de él había sonado cargada de ira.

—¿Adónde iba, señorita Mortimer?

—A por los útiles necesarios para hacerle el retrato.

—¡No quiero que me haga el retrato!

—Le prometo dejarle muy mono.

Bogart sonrió mientras caminaba hacia ella.

—Es usted una joven excepcional.

—Pero a usted no le gustan las mujeres excepcionales, sino las mujeres corrientes, porque usted es un hombre corriente.

—Se equivoca. Me gustan las mujeres excepcionales, y por eso me gusta usted. Sí, señorita Mortimer. Cada vez me gusta más. Acérquese.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Tengo las piernas paralizadas. Debe ser por el frío que cogí ahí fuera. ¿Sabe? Me cayeron un par de toneladas de agua encima.

—Muy bien. Entonces, yo iré a su lado.

Bogart echó a andar hacia la joven, pero Jenny demostró que no sufría ningún ataque de parálisis porque echó a correr y se puso al

otro lado del diván.

Humphrey se detuvo:

—No huya de mí, señorita Mortimer. Debería sentirse satisfecha por encontrarse conmigo a solas. He hecho el amor a las actrices más importantes de la pantalla, y ahora usted va a ocupar el lugar de ellas.

—Renuncio.

—¿Renuncia?

—Sí, señor Bogart. Es que no me encuentro en forma.

—Ya la pondré en condiciones. Bastará con uno de mis besos.

—Señor Bogart, ¿por qué no lo dejamos para mañana?

—Ha de ser ahora.

—Entonces, me dejará que haga algo muy importante.

—¿Qué cosa?

—Mi madre me estaba esperando. Debo telefonarla para tranquilizarla. La pobre debe haberse enterado del temporal de aguas que está cayendo, y apuesto a que cree que me he ahogado. Ahora mismo voy a la oficina del motel, telefono a mi madre y enseguida me reúno con usted.

Otra vez Jenny se dirigió hacia la puerta y lo hizo lo más aprisa que pudo, pero aquel hombre corrió tras ella y la alcanzó antes de que pudiese poner la mano en el tirador. Jenny quiso escapar, pero las manos de Bogart la sujetaron férreamente y la abarcaron por la espalda.

—Jenny... —dijo con voz ronca.

—Por favor, Humphrey. Estamos muy incómodos. Me voy a caer.

—No te caerás porque te tengo bien sujeta.

—Prefiero el diván. Estaremos en blando.

—Está bien. Vamos al diván.

Esperó que la dejase libre, pero eso no llegó a ocurrir, porque él la siguió sujetando por un brazo.

Se sentaron en el diván y él le pasó el brazo por los hombros.

—Mírame, querida.

Jenny lo miró a los ojos. Ahora estaba temblando más que cuando le caía la lluvia encima.

—Te quiero, Jenny.

—Hágalo un poco más largo.

—¿Qué?

—Quiero decir que haga una declaración amorosa más larga. Me gustan así.

—Yo nunca hice declaraciones amorosas demasiado largas. Yo era un duro, y por eso lo hacía todo con rapidez. Bastaban unas palabras y luego el beso.

La besó en la boca.

Jenny sintió que se moría.

Una mano de Humphrey le apretó el cuello. Logró apartar sus labios de los de él y dijo:

—Señor Bogart, me está estrangulando.

La otra mano de Bogart la aprisionó también por el cuello. Jenny le pegó un rodillazo en el estómago.

El hombre soltó un aullido y rodó por la alfombra. Jenny ya no esperó más. Echó a correr.

Bogart rugió detrás de ella:

—¡No huya...! ¡No llegará muy lejos!

Sin embargo, ella logró abrir la puerta y salir del apartamento número cuatro.

Pensó ir a la cochera a por su auto, pero perdería mucho tiempo en ponerlo en marcha, y aquel hombre la alcanzaría. Otra vez le cayó la lluvia encima.

Corrió hacia los otros apartamentos, en el extremo opuesto a la oficina. Alguno de ellos tenía que estar ocupado.

Llamó a una puerta mientras gritaba:

—¡Abra!... ¡Abra, por favor!... ¡Me persiguen! Pero pasaron los segundos y no le abrieron.

—¡Socorro!... ¡Abra!... ¡Ayúdeme!

Mientras esperaba, miraba con terror hacia el lugar de donde había huido. Tampoco le abrieron.

Tenía que volver a la oficina.

Corrió de nuevo y, cuando entró en la oficina, vio a la señora Copper en la recepción.

—¡Señora Copper, ayúdeme!

—¿Qué le pasa, señorita Mortimer?

—¡Un loco se metió en mi apartamento! ¡Ha querido estrangularme!

CAPÍTULO X

Sara Copper estaba rígida.

—¿Qué es lo que ha dicho, señorita Mortimer?

—¡Humphrey Bogart me quiere matar!

—¿Humphrey Bogart? ¿El actor?

—Sí, el actor.

—Señorita Mortimer, ¿se encuentra bien?

—Claro que me encuentro bien. Le acabo de decir que han intentado estrangularme.

—Sí, y ha dicho que fue Humphrey Bogart.

—Claro.

—Sólo conozco a un Humphrey Bogart, y ya murió. —Pues no está muerto. Lo acabo de ver.

—¿Adónde?

—En mi apartamento. Salí de mi dormitorio y allí lo encontré sentado en un sillón, fumando un cigarrillo.

Sara Copper sonrió.

—Señorita Mortimer, indudablemente ha bebido. —Yo no he bebido nada. Bueno, bebí un poco antes de venir aquí.

—¿Lo ve?

—Sólo bebí un trago de martini.

—Debió echarle mucha ginebra. Jenny cerró los puños con fuerza.

—Señora Copper, no he sufrido alucinaciones, si es lo que quiere dar a entender.

Naturalmente, no me refería al auténtico Humphrey Bogart, sino a un hombre que se ha disfrazado como el actor muerto. Pero le aseguro que era un disfraz perfecto, porque parecía enteramente Humphrey Bogart.

—Tranquilícese, señorita Mortimer. En este motel no ocurren esas cosas.

—¿Es que cree que lo he soñado?

—Está usted muy impresionada.

—¿Por qué iba a estar impresionada?

—Seguramente es usted una de esas personas muy sensibles a las tormentas.

En aquel momento, como si el cielo le quisiese dar la razón, cayó un rayo muy cerca del motel, produciendo un gran estruendo.

Jenny lanzó un grito de terror.

—¿Lo ve, señorita Mortimer? Está usted emocionada y ello ha repercutido en su sistema nervioso.

—¡Mi sistema nervioso está perfectamente! —gritó Jenny.

—Le daré una taza de tila.

—La taza de tila se la da a Humphrey Bogart, con un poco de cianuro, para que vuelva a la tumba.

James apareció por una puerta interior.

—Señorita Mortimer, ¿qué hace aquí?

—Oiga, James, se supone que usted me iba a llevar la cena al apartamento en media hora.

—Así quedamos.

—Pero usted no apareció.

—Es que tardé un poco en prepararla.

—Pues si llega a tardar un poco más, le lleva la cena a una muerta.

—¿Una muerta?

—A mí.

Sara intervino:

—La señorita Mortimer ha pasado por una terrible experiencia, según ella.

—¿A qué te refieres, madre?

—A que la señorita Mortimer fue visitada en su apartamento por Humphrey Bogart.

—¿Por quién?

—Humphrey Bogart, aquel famoso actor que ya murió. James sonrió a la joven.

—Señorita Mortimer, ¿pretende divertirse a nuestra costa?

—No pretendo divertirme a costa de nadie. Lo que yo vi, lo vi muy bien con estos ojos.

—Admito que son unos ojos muy hermosos.

—No me requiebres ahora, por favor, señor Copper. Ya me requebró bastante Humphrey Bogart para matarme mejor...

—Vamos al apartamento y, si está ese hombre allí, le voy a ajustar las cuentas.

—Pero coja una pistola.

—Dame el revólver, madre.

Sara sacó un revólver de un cajón del escritorio y lo alargó a su hijo. James cogió el revólver.

—Vamos, señorita Mortimer. Si ese Humphrey Bogart de pacotilla está en su apartamento, va a morir por segunda vez.

Jenny titubeó unos instantes, pero por fin se decidió a ir con James. Al llegar al porche del apartamento, Jenny se detuvo.

—Abra con cuidado, James.

James abrió y entró en el apartamento seguido por Jenny. En el *living* no había nadie.

—¿Dónde dijo que estaba, señorita Mortimer?

—Lo dejé aquí.

—Es posible que se haya escondido en el dormitorio.

Jenny fue otra vez detrás de James Copper, pero no encontraron a Humphrey Bogart en el dormitorio ni en el cuarto de baño.

Volvieron al *living*.

James Copper dio un suspiro.

—¿Y bien, señorita Mortimer?

—Cree que estoy loca, ¿verdad?

—Oh, no, de ninguna manera, señorita Mortimer. Usted no está loca. Sólo pasó una cosa.

—¿El qué?

—Que alguien trató de embromarla.

—Ojalá fuese eso.

—Voy a ir a por su comida.

—Con una condición. Déjeme el revólver.

—Está bien. Se lo dejaré. James le entregó el revólver.

—No tarde mucho, señor Copper.

—Sólo será cuestión de unos minutos.

—Que sean segundos. James sonrió.

—Descuide. No le va a pasar nada. Aquí está tan segura como en su propia casa. James abandonó el apartamento, dejando a Jenny a solas.

Jenny miró la habitación de un lado a otro. Era cierto. Allí no había nadie. ¿Y si todo hubiese sido realmente una alucinación? Oh, no, de ninguna forma. Haría visto a Humphrey Bogart, había hablado con él, y hasta él la había besado.

—Hola... —dijo una voz a su espalda.

Se volvió pegando un grito y se quedó más asombrada que nunca. Delante de ella, en el hueco del dormitorio, no estaba Humphrey Bogart, pero era otro actor de la pantalla que había muerto muchos años antes de que ella naciese. Y lo conocía bien.

Era Rodolfo Valentino.

Había visto películas de él en la televisión y en los reportajes retrospectivos sobre la historia de Hollywood. Lo habían llamado el «Perfecto amante latino». Millones de mujeres habían suspirado por él.

¿En qué clase de motel se había metido? ¡En el motel de los fantasmas! Primero Humphrey Bogart, un actor muerto, y ahora Rodolfo Valentino, otro actor muerto. Pero los fantasmas no sonreían ni miraban con aquellos ojos que la estaban mirando ahora.

—¿Quién es usted? —preguntó Jenny haciendo un gallo con la voz.

—¿No me conoce?

—No —mintió ella, aunque sabía quién era o pretendía ser.

—Me presentaré entonces, señorita. Soy Rodolfo Valentino.

—¿De dónde salió?

—De ese dormitorio.

—Pero antes usted no estaba ahí dentro.

—Entré por la ventana.

—¿Por qué entró por la ventana si pudo hacerlo por la puerta, señor Valentino?

—Amor mío —dijo él—, te he estado esperando.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—Desde hace mucho tiempo. Pero ya estamos juntos. Ven a mis brazos.

—¡No!

—Está bien. Iré yo a los tuyos. Jenny levantó el revólver.

—Si se mueve, le pego un tiro, señor Valentino.

—¿Se iba a atrever a eso?

—Ya puede estar seguro de que dispararé si se mueve hacia mí.
Rodolfo Valentino sonrió.

—¿No sabes que las balas no me pueden hacer daño? —Se equivoca. Las balas matan a cualquier persona. Hasta a los actores de cine.

—A mí, no.

Valentino echó a andar hacia Jenny. La joven puso el dedo en el gatillo.

—¡Un paso más y disparo!

Valentino dio aquel paso y Jenny disparó.

Se produjo el estampido y ella esperó que Valentino se tambalease y cayese al suelo, pero él continuó andando hacia ella con la sonrisa en los labios.

Jenny disparó por segunda vez mientras retrocedía. Estaba segura de no haber fallado. La bala tenía que haberse enterrado en el cuerpo de Rodolfo Valentino.

¡Pero él siguió andando sin inmutarse y en su cuerpo no apareció ningún agujero!

Jenny gritó, aterrorizada.

—¿Por qué no cae...? ¿Por qué no cae?

—Ya te he dicho que las balas no me hacen daño.

Valentino ya estaba llegando cerca de ella y entonces Jenny arrojó el arma contra la cabeza de Rodolfo Valentino, y ahora logró su objetivo porque el revólver hizo impacto entre los ojos de aquel extraño hombre, el cual se derrumbó mientras lanzaba un aullido de dolor.

Jenny vio cómo él empezaba a levantarse aullando.

—¡Maldita sea! ¡Ahora sabrás quién soy yo!

Jenny echó a correr. Abrió la puerta y salió al exterior.

No, ya no iría a la oficina. Se dirigió corriendo hacia el camino que conducía a la carretera.

Otra vez estaba descargando un diluvio sobre la tierra. Resbaló y cayó en el suelo, manchándose de barro, y entonces se dio cuenta de que estaba llorando porque era presa del terror.

De pronto, oyó el ruido de un motor y al alzar los ojos vio que un auto se aproximaba.

—¡Párese!... ¡Por favor, párese!

Se puso delante y el conductor frenó bruscamente y las ruedas

patinaron en el lodo. Jenny abrió la portezuela y entró en el interior del coche.

—Por favor, auxiliame.

Vio la cara de un hombre joven, de unos veintiocho años, moreno, ojos negros.

—¿Qué le pasa, señorita?

—¡Me han querido matar por dos veces!

—¿En dónde?

—En el motel que tiene ahí delante.

—¿Quiénes la han querido matar?

—Dos hombres. La primera vez fue Humphrey Bogart.

—¿Cómo ha dicho?

—Humphrey Bogart.

—¿Y la segunda?

—Rodolfo Valentino.

Hubo un silencio en el automóvil. El joven desconocido se inclinó sobre Jenny.

—Por favor, señorita, ¿me quiere echar el aliento? —¿El aliento?

—Sólo para saber cuánto ha bebido.

CAPÍTULO XI

Jenny Mortimer miró indignada a aquel joven.

—Conque se cree que estoy ebria.

—Señorita, no me negará que un doble intento de asesinato es un poco difícil. Pero que, encima de eso, pretendan matarla dos actores muertos, me parece demasiado.

—¡Lo crea o no, es verdad!

—¿Cómo se llama usted? ¿Greta Garbo?

—Sus chistes no tienen ninguna gracia. Soy Jenny Mortimer.

—¿Y a qué se dedica?

—A pintar, pero no vine a este motel para hacer mi trabajo. Sólo llegué casualmente debido a la tormenta.

—Caramba, lo mismo que yo. Me dirigía hacia San Bernardino y me pilló este temporal.

—¿Quién es usted?

—Paul Kennedy.

—¿Y a qué se dedica aparte de hacer chistes?

—Soy guionista de televisión.

—Pues es usted un hombre de suerte, señor Kennedy.

—¿Ah, sí?

—Aquí va a encontrar un buen tema para uno de sus guiones.

—¿Se refiere a Humphrey Bogart y a Rodolfo Valentino?

—Sí.

—De modo que han resucitado y quieren matarla.

—No creo que hayan resucitado.

—Entiendo, son sus fantasmas.

Lo mismo había pensado ella, en un momento determinado. Que Humphrey Bogart era un fantasma, pero enseguida desechó aquel pensamiento porque aquel hombre le había propuesto una escena de amor y hasta la había besado.

—Está empapada, señorita Mortimer.

—Sí, y por tercera vez. Estoy toda la noche así. Poniéndome a secar y a refrescar.

—¿Es una manía?

—Señor Kennedy, ¿por casualidad hace los guiones de Jerry Lewis?

—Se lo propuse, pero Jerry Lewis es demasiado individualista y quiere fabricar sus propios chistes. Pero algún día se arrepentirá.

—Yo ya me estoy arrepintiendo.

—¿De qué?

—De haberlo conocido. ¡Me está tomando por una chiflada!

—¿Y no lo está?

—No, señor Kennedy. Sólo le pediré un favor. Lléveme a la carretera.

—¿Para qué?

—Allí me detendré y esperaré a que pase otro automovilista.

—Con esta noche no creo que tenga éxito como autostopista. Le propongo algo mejor. Volvamos al motel.

—¿A ese motel?

—Conmigo.

—No, gracias. Ya tuve bastante con Humphrey Bogart y con Rodolfo Valentino. Ahora sólo faltaba que apareciese Spencer Tracy.

—Mientras no se le presente Boris Karloff.

—¡No me hacen ninguna gracia sus ingeniosidades, señor Kennedy!

—Sea buena chica y acompáñeme. Si de verdad en este motel han tratado de gastarles una broma pesada, yo les daré una lección.

—¿Y si la lección se la dan a usted?

—A lo mejor tengo suerte y se me aparece Raquel Welch.

—Ella no está muerta, señor Kennedy.

—¿No se lo dije? Estoy en mi día de mala suerte.

—Tendrá que conformarse con Marilyn Monroe.

—No, de muertas nada, señorita Mortimer. A mí me gustan las chicas guapas, pero que estén vivas y coleando. Algo así como usted.

—Señor Kennedy, le voy a decir algo que le va a decepcionar. Estoy más muerta que viva.

—Eso tendré que comprobarlo —dijo Paul y, con la mayor

naturalidad, se inclinó sobre Jenny y la besó en la boca.

Cuando él se apartó, Jenny dijo con un gemido:

—Pero qué noche llevo. En todas partes me besan. Mientras pinto, después del baño en ese maldito apartamento del motel. ¡Y ahora, en un automóvil, me besa un hombre al que acabo de conocer!

Kennedy se echó a reír.

—¿Lo encuentra gracioso, señor Kennedy?

—Es que usted es encantadora. No pierde el sentido del humor.

—Lo que me extraña es no haber perdido el sentido completamente después de ver a...

—A Humphrey Bogart y a Rodolfo Valentino.

—Sí, señor Kennedy, ya sé que no me cree. ¡Pero los vi cómo le estoy viendo a usted!

—Me gustaría verlos también.

—Pues no pierda la esperanza. Basta con que se aloje en un apartamento de ese motel, y esperar a ver lo que le echan.

—Vamos allá.

—¿De veras quiere ir al motel?

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Le sugiero que vayamos a otro lugar.

—No podemos. La radio acaba de decir que todas las carreteras están interceptadas. Justo en la carretera, a la salida de este camino, se ha producido un desprendimiento de tierra. Y menos mal que encontré este motel.

—¿Menos mal? Está usted listo. Ande, alójese ahí y, con suerte, le saldrá Drácula. Kennedy rió mientras ponía otra vez en marcha el coche.

Las ruedas patinaron.

—Demonios, el coche se embarrancó.

—Ojalá continúe embarrancado hasta que se seque el suelo —dijo Jenny.

Pero en ese momento el automóvil logró salir del hoyo y continuó hacia delante.

—Nuestra estrella cambió —comentó Paul.

—Dirá nuestra mala estrella, porque vamos derechos al matadero. Paul detuvo el vehículo ante la oficina.

—¿Viene conmigo, señorita Mortimer?

—Desde luego. No me quiero perder la clase de recibimiento que le hará la vampira de la recepción.

Entraron en la oficina.

No había nadie a la vista.

—Eh, ¿dónde está la vampira? —dijo Paul.

—Poniéndose los colmillos para clavárselos mejor —contestó Jenny. Paul se echó a reír.

—Es usted la mar de divertida.

Se oyeron pasos en la escalera y apareció en lo alto la señora Copper.

—Señorita Mortimer —dijo—, mi hijo fue a llevarle la cena a su apartamento y no la encontró.

—Salí a dar una vuelta en esta noche primaveral. —Jenny estaba sucia de barro de los pies a la cabeza.

—No la comprendo, señorita Mortimer. Sigue usted muy alterada.

—Es que la última vez que estuve en mi apartamento encontré a otro visitante.

—A mi hijo.

—A Rodolfo Valentino. ¿No es para estar alterada?

—¿Y cómo vestía? ¿De árabe quizá?

—No, señora Copper. Como yo no soy mora, él iba de *smoking*. Sara terminó de bajar la escalera y miró al hombre.

—¿Es usted pariente de la señorita Mortimer?

—No, señora Copper. La acabo de conocer. Ella corría hacia la carretera y me pidió auxilio. Según parece, ha visto cosas muy extrañas en el apartamento en que está alojada.

—Disculpe, señor...

—Paul Kennedy.

—Señor Kennedy, la señorita Mortimer llegó aquí en circunstancias extrañas. Jenny protestó:

—¿Qué circunstancias extrañas, señora Copper?

—Usted se expresó de una forma incongruente y demostró su nerviosismo, señorita Mortimer. Usted misma contó que había peleado con un amigo y eso fue lo que la desquició. Y por ello, desde que está aquí, sólo ha visto personajes que únicamente existen en su imaginación —miró a Paul Kennedy—. Vio a Humphrey Bogart y a Rodolfo Valentino, actores que murieron hace

muchos años. ¿Cree usted, señor Kennedy, que la señorita Mortimer ha podido ver a esos hombres?

—No, desde luego que no.

Jenny dio una patadita en el suelo.

—¡Señor Kennedy, me está saliendo rana!

—Debe ser por el tiempo que nos hace. Un poco más y nos convertiremos todos en peces.

—Muy gracioso, guionista. Ahora comprendo por qué Jerry Lewis no lo quiso admitir en su cuadro de escritores.

Paul sonrió de buena gana.

—Señora Copper, ¿me puede dar alojamiento por esta noche?

—Desde luego. Jenny intervino:

—Ande, señora Copper, dele un apartamento aseado, en el que sólo salgan un par de muertecitos cada hora.

Paul sacudió la cabeza.

—Jenny, no se ponga en contra de mí. Quiero alojarme en este motel.

—Pues no sabe el panteón que le van a dar. Ande, pregunte si lo tienen con nicho incluido.

—Sin nicho, señorita Mortimer.

—Pida un martillo y unas cuantas maderas para clavetear las ventanas. Porque, como se descuide, los muertos le entran por ellas.

Sara Copper estaba muy seria.

—Por favor, señorita Mortimer, está desacreditando mi establecimiento.

—Oh, cuánto lo siento, señora Copper. Pero en cuanto salga de aquí, si es que salgo viva, recomendaré su motel a todos los muertos que conozca.

—Señor Kennedy, ¿quiere hacer la inscripción?

—Sí, señor Kennedy —dijo Jenny—, haga la inscripción y debajo ponga R.I.P. Kennedy hizo la inscripción sin agregar R.I.P.

—Son tres dólares —dijo Sara Copper.

Kennedy abonó el importe y recibió a cambio la llave del apartamento número tres.

—¿Me acompaña, señorita Mortimer?

—Desde luego. No espere que me quede aquí sola. Los dos salieron de la oficina. James apareció en lo alto de la escalera.

—Madre, ¿quién es él?

—Un hombre que encontró la señorita Mortimer.

CAPÍTULO XII

Jenny Mortimer y Paul Kennedy llegaron al apartamento número tres.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo Paul—. La acompañaré a su apartamento.

—¿Y me va a dejar sola allí? ¡Ni hablar!

—Entonces, ¿qué quiere que hagamos?

—Sólo hay una solución. Que usted y yo pasemos la noche en uno de los dos apartamentos. En el suyo o en el mío.

—Señorita Mortimer, ¿sabe lo que me está proponiendo?

—Claro que lo sé. Y no me diga que es casado y que su mujer viene detrás corriendo.

—¿Y qué pasaría si eso fuese cierto?

—Pues que, en cuanto entrase su mujer, le echaría los brazos al cuello y la besaría, porque así seríamos tres para pasar el miedo.

—Jenny, eso no podrá ocurrir nunca. Yo no soy casado.

—¿No tendrá un tío que le pisa los talones porque usted le robó su dinero?

—No.

—Qué mala suerte —gimió Jenny—. Tampoco tiene un tío.

—Tengo un tío, pero no le robé. Todo lo contrario. Le ayudo cuanto puedo porque a él le gusta muy poco trabajar.

—Oiga, señor Kennedy, me estoy helando, ¿por qué no entramos?

Kennedy abrió el apartamento número tres y encendió la luz.

—Cuidado, señor Kennedy, entre despacio, no le vaya a dar un susto un muerto. Paul entró con su maleta, seguido de Jenny.

El *living* estaba solitario.

—No, señorita Mortimer, no tengo la suerte de que esté aquí una hermosa actriz de la pantalla.

—No lo diga demasiado alto. No vaya a ser que se deje caer una

de ellas.

Los dos juntos registraron el dormitorio y el cuarto de baño, pero no encontraron a nadie.

Al regresar al *living*, Paul dijo:

—Sólo hay una cama, señorita Mortimer.

—No se preocupe. Me conformo con dormir en el suelo. Pero a los pies de su cama.

—¿De verdad tiene tanto miedo?

—¿No me ve la carne de gallina?

—Eso es porque le cayó mucha agua encima y está helada. Ande, tome un baño.

—Es lo que me dijo el hijo de la señora Copper cuando llegué. Y, después de tomar el baño, ya estaba allí Humphrey Bogart para producirme la estrangulación. Además, no tengo ropa que ponerme.

—Traje un par de pijamas y uno de ellos le estará bien.

—¿Promete no mirar mientras me baño? Paul levantó una mano.

—Lo juro.

—Está bien, Paul. Tomaré ese baño, pero no se vaya aunque le digan que el motel está ardiendo. Jenny tomó su segundo baño caliente en aquella noche de perros. ¿O debía decir de fantasmas?

Se puso el pijama que Paul le había dado. Le estaba un poco grande, pero se encontraba mejor que con sus ropas húmedas.

Cuando salió al *living*, no vio a Paul Kennedy.

Se quedó de piedra al ver un sillón de espaldas. ¡Y de ese sillón emergía una espiral de humo!

—¿Quién es usted? ¿Humphrey Bogart o Rodolfo Valentino? Paul asomó la cabeza por el borde.

—Ni uno ni otro. Soy Paul Kennedy. ¿No me recuerda?

—Pues ya me dejó otra vez helada. Creí que era uno de ellos.

—¿Por qué?

—Encontré a Humphrey Bogart en ese sillón, como usted estaba, fumando un cigarrillo.

—Los fantasmas no fuman cigarrillos.

—Por eso no podía ser un fantasma. Paul arrugó el ceño.

—Estoy recordando algo, Jenny.

—¿El qué? ¿Quizá que Humphrey Bogart no murió en realidad y se escondió en alguna parte?

—No, no es eso. Estaba pensando en dos mujeres que fueron

estranguladas. Sus cadáveres fueron encontrados a unas cuantas millas de aquí.

—No leo los periódicos sensacionalistas.

—Una de ellas fue muerta hace un par de meses y la otra hace poco más de una semana.

—¿Supone usted...?

—Podría ser. ¿No le parece?

—¿Qué está esperando? ¡Llame a la policía!

—No tenemos pruebas.

—¿Cómo que no tenemos pruebas? El hombre que se hizo pasar por Humphrey Bogart trató de estrangularme a mí. Pero si no telefonea usted a la policía, lo haré yo.

La joven se dirigió a la mesa en donde descansaba el teléfono.

—Espere, Jenny. Olvida algo importante. Ese teléfono no es directo. Tienen que darle línea en la oficina.

—Dios mío, es verdad. No podemos llamar. Sara Copper o su hijo se enterarían de lo que hablamos.

La joven se sentó en otro sillón, frente a Paul.

—¿Cómo fueron muertas esas mujeres?

—Las dos tenían una característica similar a usted.

—¿A qué se refiere?

—A su cabello. Es rubio como el de ellas. Jenny se humedeció los labios con la lengua.

—¿Supone que sólo matan a las rubias, Paul?

—Al menos, las dos estranguladas con posterioridad eran rubias.

—Demonios, si lo llego a saber me pongo una peluca.

—¿Por qué no me lo cuenta todo desde el principio, pero con calma, Jenny?

—Está bien.

Jenny le contó su historia, con el prólogo del trabajo profesional que debía realizar en casa del millonario llamado Spencer Taylor.

Cuando hubo terminado, Paul quedósela mirando fijamente.

—Conque Humphrey Bogart y Rodolfo Valentino.

—Los dos en una sola pieza.

—¿Supone que son la misma persona?

—No, no quise decir eso. Aunque podría ser.

—Entonces sería una persona con una enorme facilidad para disfrazarse. ¿No te parece, Jenny?

—Es fácil, sobre todo en Hollywood.

—Y estamos muy cerca de Hollywood.

—¿Qué se te ocurre, Paul?

Kennedy paseó de un lado a otro de la habitación, mientras se tironeaba de una oreja. Al fin se detuvo haciendo chasquear los dedos.

—Ya lo tengo.

—Estupendo. Estoy salvada.

—Tú serás el cebo.

—¿Cómo has dicho?

—Que tenemos que pillarlo con las manos en la masa y, por tanto, tienes que ver otra vez a los fantasmas.

—Ni hablar. No cuentes conmigo, Paul.

—Tienes que ser comprensiva.

—Yo soy la mar de comprensiva. Pero a mí no me besa más Humphrey Bogart. Tampoco me besará Rodolfo Valentino. ¡Ni siquiera me dejaré conquistar por el simpático gordito Oliver Hardy!

Paul dio un suspiro.

—En ese caso, no podremos resolver el misterio. Mientras tú y yo estemos juntos, no aparecerá ningún fantasma.

En aquel momento se oyó un golpe en la puerta. Jenny pegó un grito, aterrorizada.

Luego se oyeron otros dos golpes acompasados en la misma puerta.

Jenny ya no lo pudo resistir más y se abalanzó sobre Paul y lo enlazó por el cuello.

—De modo que no venía ninguno, ¿eh? Ahí tienes ya al primero.

—Tranquila, Jenny, tranquila... ¿Quién es?

—Yo, señor Kennedy. El hijo de la señora Copper.

—¿Reconoces su voz, Jenny?

—Sí, parece que es él.

—Enseguida le abro.

Paul miró a los ojos de Jenny y le sonrió.

—Me habría gustado que durase esto un poco, más, para conseguir que me abrazases más tiempo.

Se soltó de ella y abrió la puerta.

James Copper estaba en el hueco, sonriente, con una botella de

champaña en la mano.

—Hola, señor Kennedy —vio al fondo a Jenny y la saludó—: Hola, señorita Mortimer, ¿se encuentra mejor?

—De primera —le contestó Jenny forzando una sonrisa.

—Les traigo una botella de champaña, regalo de la casa. La noche no es muy buena.

—Agradecido, James —repuso Paul Kennedy, y se hizo cargo de la botella de champaña.

James se retiró haciendo una reverencia.

Paul cerró la puerta y se dirigió a Jenny con la botella en la mano.

—¿Qué dices a eso, Jenny? No era Rodolfo Valentino ni Humphrey Bogart... ¿O me vas a decir que el hombre que me entregó la botella de champaña era Errol Flynn?

Jenny apretó los dientes para contestar:

—No, Paul, no era Errol Flynn. El hombre que trajo la botella de champaña, es James Copper.

CAPÍTULO XIII

Paul Kennedy no encontró copas para el champaña. Pero encontró vasos. Descorchó la botella y escanció.

—Coge tu vaso, Jenny.

—No.

—¿Por qué no?

—No voy a beber.

—¿Eres abstemia?

—No soy abstemia, pero no comeré ni beberé nada de lo que me den en este motel.

—Vamos, Jenny, te dije que ya había pasado todo. Tuviste un mal sueño.

—¿Un mal sueño? ¿Piensas de verdad que lo soñé?

—Pasaste un mal rato con ese millonario. Recuerda que él trató de aprovecharse de ti, y escapaste de su casa en un mal momento, cuando estaba descargando una terrible tormenta.

—Conque eso opinas de mí. Soy una sicópata... Cuando llegan las tormentas me transformo y empiezo a ver muertos. Pero tengo una especialidad. Todos mis muertos son actores cinematográficos que han sido famosos.

—No existe otra explicación.

—Te estoy muy agradecida por creerme y, si no fuese porque tengo el miedo metido en el cuerpo, ahora mismo me marchaba de aquí.

James bebió un trago de champaña.

—Es un buen champaña —dijo—. Puedes beberlo, Jenny.

—He dicho que no beberé.

—Como quieras. No te puedo obligar. Jenny seguía nerviosa.

—El misterio está aquí, en este motel, Paul. Si pudiésemos entrar en esa casa, donde vive la señora Copper y su hijo, aclararíamos toda esta situación.

—Me temo que ellos no nos dejarían recorrer la casa.

—Claro que no. Pero lo podríamos hacer por nuestra cuenta.

—¿Cómo?

—Simplemente, dejando pasar una hora más.

—Dices que tienes miedo y, sin embargo, te atreverías a entrar en esa casa.

—Lo haría contigo, Paul.

—Me temo que, si nos sorprendiesen, nos encontraríamos en una situación muy delicada. ¿Cómo explicaríamos nuestra presencia allí?

—Íbamos en busca de comida.

James apuró el contenido de su vaso y se sirvió más champaña. Ocupó un sillón y dio un bostezo.

—Tengo sueño, Jenny.

—Pues no te puedes dormir —dijo ella—. Tienes que estar bien despierto para estar conmigo. Háblame de ti. De tu trabajo como guionista en la televisión.

—He hecho tres seriales en los últimos dos años. El de más éxito ha sido *Tu viuda no te olvida*.

—Oh, no. ¿Eres el autor de eso?

—Sí.

—Es maravilloso, Paul, lo más gracioso que se pasa por la televisión. Y qué idea más estupenda. Una señora que ha muerto y que se aparece a su marido para ayudarle en todos sus problemas, sobre todo para impedir que otras mujeres se casen con él. —Jenny se echó a reír—. El mejor telefilme fue aquél en que la viuda salva a su esposo de la situación en que se encuentra con respecto a la hija del millonario, que lo ha preparado todo para que los detectives lo sorprendan en la cabaña, como si hubiesen pasado la noche juntos.

—Me alegro de que te gustase. Pero aquel serial terminó. Fueron ciento cuarenta episodios.

—¿Y qué haces ahora?

—Nada. Se me fue la inspiración. El jefe me amenazó. Mi contrato caduca dentro de dos semanas y, si para entonces no he sacado algo nuevo y tan bueno como lo de la viuda, me arrojarán por la borda.

—¡No pueden hacer eso!

—Pueden hacerlo.

—Les diste a ganar mucho dinero.

—Los hombres que dirigen la televisión necesitan ganar siempre dinero y, cuando uno de sus colaboradores deja de convertirse en una fuente de oro, lo eliminan y ponen en su lugar a otro.

—¿Y es lo que harán contigo si no das pronto con otra serie?

—Exactamente.

—Muy bien. Pensaremos en algo.

—¿Pensaremos?

—Sí, yo te ayudaré.

—Qué estupendo.

—Así no dormiremos ninguno de los dos. Paul bostezó y luego dijo:

—Me estoy muriendo de sueño. No puedo pensar ahora.

—De acuerdo, sigue despierto y yo pensaré por ti.

Jenny empezó a pasear de un lado a otro de la estancia. Se detuvo de pronto y dijo:

—¿Qué te parece esto, Paul?

Se detuvo asombrada al ver que Paul tenía la barbilla inclinada sobre el pecho. Estaba durmiendo.

—¡Paul!

Corrió hacia él, lo cogió por el cabello y le levantó la cara.

—¡Paul, despierta!

Kennedy levantó los párpados, pero su mirada era extraviada.

—Déjame dormir, Jenny.

—No puedes. Recuerda a Humphrey Bogart y a Rodolfo Valentino.

—¡Que se vayan al diablo los dos!

Jenny corrió al cuarto de baño y empapó una toalla en agua. Regresó con ella al *living* y se puso a mojar la cara de Paul.

Pero Kennedy no reaccionaba a pesar del agua.

Jenny miró el vaso de champaña. ¡Oh, no, no era posible...! Pero ¿cómo se explicaría de otra forma? ¡El champaña contenía una adormidera! ¡Eso es! ¡Le habían echado algún comprimido para dormir! ¡Y se suponía que ella debería haber bebido también del champaña!

Entonces le soltó una bofetada a Paul.

—¡Despierta, Paul! ¡Te dieron un somnífero con el champaña! ¡Querían dejarnos fuera de combate a los dos! ¿Por qué? ¡Sólo hay

una respuesta! ¡Porque ellos van a venir!

—Hola, querida.

La voz no había salido de los labios de Paul porque estaba dormido. Aquellas palabras habían sido pronunciadas a espaldas de Jenny.

Esta vez la joven no gritó. Se quedó inmóvil, con las cuerdas vocales paralizadas. Poco a poco volvió la cabeza.

Allí estaba. Había entrado sin hacer ruido.

Era Clark Gable. Sí, el mismísimo Clark Gable. Jenny forzó una sonrisa.

—Hola, Clark. A usted no lo había visto.

Clark Gable sonrió de aquella forma que había resultado tan maravillosa para millones de mujeres de todo el mundo.

—Estuve muy ocupado durante la noche.

—¿Ah, sí? Comprendo. Habrá tenido que escribir muchas cartas a sus admiradoras.

—No, no fue eso.

—¿Quizá estaba filmando alguna película en el Más Allá? ¡Oh, perdón, no quise decir eso!

Clark Gable siguió sonriendo.

—Pasé el rato con mis amigas.

—¿Con sus amigas?

—Con Carole Lombard, Jean Harlow...

—Entiendo, con todas las muertecitas.

—Esperaba encontrármela dormida, Jenny.

—No tengo nada de sueño.

—La habría llevado en brazos.

—Oh, que romántico es usted, Clark. Apuesto a que quiere darme un paseo en una barquita por el lago, entre las ramas de los sauces.

—Yo no soy de éstos. La quería llevar a mi habitación.

—¿Con Jean Harlow?

—No, ella no estará allí. Usted y yo nos encontraremos a solas.

—Perdone, pero no puedo estar a solas con usted.

—¿Por qué?

—Mi papá me prohibió que pasase la noche con un hombre con el que no estoy comprometida.

Jenny, disimuladamente, empezó a pegar bofetadas a Kennedy.

—Despierta, Paul, despierta, que te lo estás perdiendo. Clark Gable se puso serio.

—Deje quieto a ese hombre.

—Es mi novio, y también tiene derecho a verle a usted.

—No es su novio, sino un hombre que acaba de conocer.

—Usted sabe mucho.

—Yo sé todo lo que hay que saber. Póngase en pie y venga conmigo.

—No puedo, Clark. Me torcí un tobillo mientras corría por la carretera. Gable caminó hacia ella.

—¿Qué va a hacer, Clark?

—Llevarla en brazos.

—No, señor Gable. No se moleste.

—Deje de hacer la chiquilla.

Jenny empezó a correr alrededor del diván y Gable fue detrás de ella. Mientras corría, Jenny gritaba:

—¡Paul!... ¡Paul, que me lleva Clark Gable! ¡Despierta, maldita sea!

Jenny tropezó con la alfombra y cayó.

Gable se acercó a ella y le pegó un puñetazo en la cara.

Jenny se puso bizca. Todo lo vio doble, dos Clark Gable que sonreían, dos Paul que dormían, dos lámparas y muchos sillones que daban vueltas alrededor de ella.

—Querida —oyó que la decía Clark Gable—. Deberías sentirte orgullosa de que te haya elegido.

Jenny no le pudo contestar porque se desvaneció.

CAPÍTULO XIV

Jenny Mortimer despertó.

—¡Paul! —gritó, incorporándose.

Pero Paul no estaba allí porque no se encontraba en el apartamento número tres del motel.

Era un dormitorio.

Las paredes estaban llenas de fotografías. Las había de todas clases y tenían que ver con la historia del cine. Mejor dicho, con determinados actores de la historia del cine. Con Rodolfo Valentino, con Humphrey Bogart y con Clark Gable. Los tres grandes amantes de la pantalla. Y entre los tres cubrían cuarenta años de cine. Primero había sido Rodolfo Valentino, durante la época del cine mudo. Luego, durante los años 30 y 40, Clark Gable. Y al término de la Segunda Guerra Mundial, había aparecido avasallador un nuevo tipo de galán, el duro Humphrey Bogart.

Y ella había recibido la visita de aquellos tres actores, aunque no habían seguido un orden cronológico. Porque primero la había visitado Humphrey Bogart, luego Rodolfo Valentino y por último Clark Gable.

Ahora se encontraba a solas.

Había una ventana, pero tenía una reja. Corrió hacia ella y trató de mover los barrotes, pero no lo consiguió.

A través de los cristales vio el camino que conducía a la carretera.

—¡Paul! —gritó.

Pero comprendió que nadie la podría oír porque estaba en el piso más alto de la casa. Era una prisionera.

Entonces recordó a las otras dos rubias estranguladas. ¿Habían muerto en aquel motel?

¿Por qué se hacía la pregunta? Ya no tenía la menor duda. Ahí estaba la explicación de los dos crímenes. ¿O debería decir de tres

crímenes, porque ella iba a ser la tercera víctima?

Corrió a la puerta y trató de abrir, pero la habían cerrado con llave. Desalentada, regresó al centro de la estancia.

Había un armario. Abrió los cajones en busca de un arma, de un cuchillo, de cualquier cosa que le sirviese de defensa.

Pero sólo encontró álbumes. Los abrió y vio fotografías de Rodolfo Valentino.

Abrió otro. También se refería a la vida de aquel actor italiano que se había hecho famoso en América.

Y luego había álbumes de Clark Gable, fotografías de sus películas, de su vida privada.

Y más álbumes en que se recogían centenares de fotos de Humphrey Bogart. Aquel loco, quienquiera que fuese, adoptaba una triple personalidad.

Se abrió la puerta y miró a sus espaldas.

Su visitante era Humphrey Bogart. Tenía un cigarrillo en los labios. No sonreía.

—Hola, querida.

—¿Cómo estás, Humphrey? —lo tuteó ella.

Tenía que valerse de su astucia para escapar de allí, si es que le quedaba alguna oportunidad.

Humphrey cerró la puerta.

—Eres muy linda, Jenny.

—Gracias, Humphrey.

—Deben amarte muchos hombres.

—No muchos. Llevo una vida muy retraída.

—Los seduces.

—¿Yo? Oh, no. Soy una mosquita muerta. Palabra.

—Las rubias sois la peste.

—Oh, no, Humphrey, no debes decir eso. Las rubias somos como las morenas. Ni más ni menos. Hay rubias que son muy buenas personas.

—Pero ahora tienes oportunidad de conquistar a un verdadero hombre. Nada menos que a Humphrey Bogart.

—Me siento muy halagada, Humphrey, pero tengo que decirte algo que te va a doler un poco.

—¿Qué cosa?

—Nunca fuiste mi favorito, Humphrey.

—¿Clark Gable?

—Tampoco.

—¿Rodolfo Valentino?

—Oh, no, ninguno de los tres me ha gustado. Prefiero a Rock Hudson. Por favor, ¿quieres decirle a él que venga?

—Rock Hudson no está muerto.

—Pues yo quiero a Rock Hudson.

—Te vas a morir sin verlo.

Humphrey sacó las dos manos de los bolsillos. Tenía guantes negros.

—Eh, Humphrey, ¿para qué necesitas esos guantes? Humphrey levantó las manos y se dirigió hacia Jenny.

La joven supo que había llegado su último momento. Las otras dos rubias habían muerto estranguladas, y también la iban a estrangular a ella.

Corrió hacia un rincón porque no podía correr hacia otra parte. Humphrey fue tras ella, siempre con las manos enguantadas por delante.

—Será mejor que te estés quieta, Jenny.

—Te propongo algo mucho mejor. ¡Vayamos al lago!

—Aquí no hay ningún lago y es de noche.

—Entonces paseemos bajo las estrellas.

—El cielo está nublado y sigue lloviendo torrencialmente.

—Me gusta caminar bajo la lluvia con un hombre tan estupendo como tú, Humphrey. Bogart se le echó encima.

Jenny le pegó un zarpazo en la cara.

Y entonces Jenny vio cómo la nariz de Humphrey se deformaba y la boca bajaba como tres pulgadas.

Jenny le cogió por el cabello y le dio un tirón fuerte.

Se quedó con una máscara en la mano, que salió limpiamente de aquella cabeza, y Jenny vio aterrorizada que Humphrey Bogart no era más ni menos que Sara Copper.

Sara retrocedió pegando un chillido.

—¡Maldita!

—¡Señora Copper!

—¡Me has descubierto!

—¿Por qué? ¿Por qué hace todo esto?

—El me abandonó.

—¿A quién se refiere?

—A Clark Gable. Lo conocí cuando no era nadie. Me enamoré de él. Le ayudé en sus momentos malos y me dejó cuando empezó a triunfar. Odié todo lo que él representaba, y a todos los —que como él han seducido a las mujeres desde la pantalla.

—Pero usted ya debía estar casada.

—Me casé después, cuando ya Clark se había casado con aquella rubia, con Carole Lombard. La prefirió a ella, cuando yo me había sacrificado por él.

—Señora Copper, todo eso pasó hace mucho tiempo.

—No.

—¡Han pasado más de treinta años!

—Yo era muy joven entonces y me dejé seducir por él.

—Señora Copper, el mundo cambia, hasta nuestros sentimientos... Se abrió la puerta y entró James Copper.

—¡James! —gritó Jenny—. ¡Su madre está loca! James sonrió.

—Mamá, creí que ya la habrías despachado.

Jenny se sintió más llena de pánico que nunca. Si Sara Copper estaba loca, el hijo tenía la mente tan perturbada como su madre.

—¿Qué te pasó, madre? ¿Por qué te quitaste la máscara?

—Ella lo hizo.

—¿Quieres la de Clark Gable?

—No.

—¿La de Rodolfo Valentino?

—No me hace falta. La mataré como Sara Copper.

—Sí, madre, como tú quieras.

Jenny se deslizó por la pared y corrió hacia la puerta, pero James estaba más cerca de ella y le pegó un patadón, cerrándola.

—¿Adónde ibas, preciosa?

—James, ustedes no son responsables de sus crímenes. Necesitan tratamiento médico. No irán a parar a la cámara de gas. Los internarán en un sanatorio, y los cuidarán muy bien.

James soltó una carcajada.

—¿Has oído eso, madre?

Sara levantó las dos manos enguantadas.

—Cógela, James, pero ten cuidado. Sujétala fuerte mientras yo le aprieto el cuello.

—Sí, madre.

James se dirigió hacia Jenny y ésta volvió a retroceder, mientras chillaba.

—¡Socorro!... ¡Auxilio!

James la atrapó y la arrastró hacia la cama.

—¡Cállate, rubia! ¡Cállate!

Jenny trató de librarse de él, pero James era muy fuerte y la sujetó férreamente contra el lecho.

Sara Copper se inclinó sobre Jenny y puso sus manos enguantadas en el cuello de la muchacha.

La puerta se abrió de golpe.

—¿Qué están haciendo los dos?

Paul entró corriendo y detrás de él entraron dos patrulleros de la policía. Sara Copper pegó un chillido.

—¡Malditos!... ¡Fuera!

Paul atrapó a James por el hombro, lo hizo girar y le soltó un puñetazo con todas sus fuerzas.

Copper se estrelló contra la pared y perdió el conocimiento.

Los dos patrulleros cogieron a la señora Copper, cada uno por un brazo, mientras ella pegaba chillidos.

—¡Soy Rodolfo Valentino!... ¡Soy Clark Gable!... ¡Soy Humphrey Bogart! Jenny se levantó de la cama. Miró a Paul y dijo:

—Por fin despertaste.

—Sí, Jenny, desperté a tiempo y, cuando noté tu ausencia, llamé a la policía. Jenny se dejó caer en sus brazos y estrechó su cara contra el pecho varonil.

—¿Sabes una cosa, Paul? Nunca pensé que iba a ser deseada por tanto astro de la pantalla.

El le cogió la barbilla y se la levantó. Luego la besó con suavidad en los labios.

—Tú y yo tenemos que seguir hablando, Jenn.

—¿De qué cosa, Paul?

—De amor —le contestó él, y la volvió a besar en los labios.

FIN

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Marlin
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



Impreso en España
Printed in Spain

EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

